MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.

MEMORIAS DE UN MEDICO,

por

Alejandro Dumas.

TOMO XII.

SEVILLA.

Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Sierpes núm. 5.
1848.

JOSÉ BÁLSAMO.

—

CAPÍTULO LXXXV.

Proyectos de Jilberto.

Una vez en la calle, Jilberto dejó que se enfriase aquella imajinacion calenturienta que, con las últimas palabras del conde, se trasladó mas allá, no solamente de lo probable, sino de lo posible.

Cuando llegó á la calle de Pastourel se sentó en un guardacanton, y dirijiendo la vista en torno suyo para asegurarse de que nadie le espiaba, sacó del bolsillo los billetes del banco arrugados á fuerza de estrecharlos en la mano.

—Veamos, dijo mirando los billetes,

si ese hombre me ha engañado; veamos no sea que me haya tendido un lazo; veamos si me envia á una muerte cierta so pretesto de proporcionarme una dicha segura; veamos si hace conmigo lo que con un carnero, al cual se atrae al matadero ofreciéndole un puñado de yerba. He oido decir que corren muchos billetes falsos con que los calaveras de la corte engañan de vez en cuando á las actrices del teatro de la ópera; veamos, pues, si el conde me ha engañado.

Y sacó del paquete un billete de diez mil libras; en seguida entró en casa de un mercader y preguntó, enseñando el billete, dónde vivia un banquero que se lo cambiase, segun le habia encargado su amo.

El mercader miró el billete, le dió una porcion de vueltas admirándose de tenerlo en la mano, porque la cantidad era pomposa y su tienda bien modesta, y en seguida indicó, en la calle de Santa Avoya, el capitalista que Jilberto necesitaba.

El billete era, pues, bueno.

Alegre Jilberto é inflamado de gozo, dió al instante rienda suelta á su imajinacion, lió con mas cuidado que antes el paquete en su pañuelo, y divisando en la calle de Santa Avoya un prendero, cuya muestra le sedujo, compró en veinte y cinco libras, es decir, por uno de los dos luises que Bálsamo le habia dado, un traje completo de paño color de castaña, cuya limpieza le encantó, un par de medias de seda negra algo descoloridas y zapatos de relucientes hebillas, completando una camisa de lienzo bastante fina el traje, mas decente que rico, con que Jilberto se admiró á sí mismo al dirijirse una ojeada en el espejo del prendero.

En seguida, dejando sus harapos para completo de las veinte y cinco libras, guardó el precioso pañuelo en el bolsillo, y pasó de la tienda del prendero á la de un peluquero, quien en un cuarto de hora acabó de poner elegante y aun hermosa aquella cabeza tan notable del protejido de Bálsamo.

En fin, cuando se acabaron todas estas operaciones, Jilberto entró en casa de un

panadero que vivia cerca de la plaza de Luis XV, y compró un panecillo que le costó dos sueldos y que se comió rápidamente siguiendo el camino de Versalles.

En la fuente de la Conferencia se paró á beber.

En seguida prosiguió su camino, rehusando las proposiciones de los conductores de vehículos, que no comprendian cómo un hombre vestido con tanto aseo, economizaba quince sueldos á costa del betun.

Qué no hubieran dicho si hubiesen sabido que aquel jóven que iba á pie llevaba en el bolsillo trescientas mil libras?

Pero Jilberto tenia sus razones para ir á pie, siendo la principal la firme resolucion que habia adoptado de no pasar en sus gastos de un liar, y ademas porque necesitaba estar solo para entregarse con mas comodidad á la pantomima y los monólogos.

Solo Dios sabe los desenlaces felices que se verificaron en la cabeza de aquel jóven durante las dos horas y media que estuvo andando.

En dos horas y media anduvo mas de cuatro leguas, sin notar la distancia, ni sentir el menor cansancio, gracias á su poderosa organizacion.

Formados todos sus planes, convino en el siguiente modo de hacer su peticion.

Atacar al baron de Taverney con palabras pomposas, y luego que tuviese su autorizacion embestir á la señorita Andrea con discursos tan elocuentes, que no solo perdonase, sino concibiese respeto y cariño hácia el autor de la patética arenga que habia preparado.

A fuerza de pensar en ello, la esperanza dominó el temor, y á Jilberto le parecia imposible que una jóven que se hallaba en la situacion de Andrea no aceptase la reparacion que le ofrecia el amor, cuando este amor se presentaba con la cantidad de cien mil escudos.

Cuando Jilberto formaba todos estos castillos en el aire, era tan sencillo y honrado como un hijo de los patriarcas, y si olvida todo el daño que habia causado, era porque quizá tenia un corazon mas bueno que lo que se cree.

Preparadas todas las baterias, llegó con el corazon oprimido al territorio de Trianon, y una vez allí, estaba dispuesto á todo; lo mismo á sufrir la primera furia de Felipe, á quien lo jeneroso de aquel paso debia disuadir no obstante, segun él, que arrostrar los primeros desdenes de Andrea, á quien su amor debia someter, ó los primeros insultos del baron, á quien debia suavizar su oro.

Efectivamente, aunque Jilberto habia vivido alejado de la sociedad en que se ajitaba, adivinaba por instinto que trescientas mil libras en el bolsillo son una coraza muy segura. Lo que mas temia era ver sufrir á Andrea, pues contra esta desgracia se sentia débil, y su debilidad le hubiera quitado parte de los medios necesarios para el buen éxito de su causa.

Entró, pues, en los jardines, mirando, no sin un orgullo que sentaba bien á su fisonomía, á todos aquellos trabajadores, ayer compañeros suyos y hoy inferiores á él.

La primera pregunta que hizo recayó sobre el baron de Taverney, para lo cual

se dirijió como es natural al jóven que estaba de servicio en el departamento de la servidumbre.

—El baron no está en Trianon, respondió este.

Jilberto titubeó un instante.

—Y el señorito Felipe? preguntó.

—Oh! se ha marchado con la señorita Andrea.

—Marchado! esclamó Jilberto asustado.

—Sí.

—Conque la señorita Andrea se ha ido?

—Hace cinco dias.

—A Paris?

El muchacho hizo un movimiento que queria decir:

—Yo qué sé!

—Cómo que no lo sabes? esclamó Jilberto. ¿Se ha ido la señorita Andrea sin que se sepa á dónde? Sin embargo, no se habrá ido sin motivo.

—Vaya una bestialidad! respondió el muchacho sin respetar el traje color de castaña de Jilberto; ya se vé que no se ha ido sin motivo.

—Y por qué se ha ido?

—Por mudar de aires.

—Por mudar de aires? repitió Jilberto.

—Sí, parece que los de Trianon son malos para su salud, y por mandato del médico ha dejado á Trianon.

Era inútil preguntar mas, siendo evidente que el muchacho habia dicho cuanto sabia acerca de la señorita de Taverney.

Y sin embargo, estupefacto Jilberto, no podia dar crédito á lo que oia, de suerte que corrió al cuarto de Andrea, pero encontró la puerta cerrada.

Pedazos de cristal, montones de paja y heno y el hilo con que se cosen los jergones, de todo lo cual estaba lleno el corredor, demostraban que los vecinos del cuarto se habian mudado.

Jilberto entró en su buhardilla, la cual se hallaba en el mismo estado en que la dejó.

La ventana de Andrea estaba abierta para que se ventilase la habitacion, de suerte que Jilberto pudo penetrar con la vista hasta la antesala.

El aposento estaba completamente vacío.

Entonces se dejó llevar Jilberto de un dolor estravagante, dándose porrazos en la cabeza contra las paredes, retorciéndose los brazos y revolcándose por el entarimado.

En seguida, como un loco, se arrojó fuera de la buhardilla, bajó la escalera como si tuviese alas, penetró en el bosque tirándose de los cabellos, y lanzando gritos é imprecaciones se dejó caer en medio de la maleza, maldiciendo la vida y á los que se la habian dado.

—Oh! se acabó, se acabó, murmuraba; Dios no quiere que vuelva á encontrarla, sino que me muera de remordimiento, de desesperacion y amor. Asi es como espiaré mi delito; asi es como vengaré á la que he ultrajado.... Pero dónde estará? En Taverney? Oh! Iré allá, iré! Iré hasta el fin del mundo y subiré hasta las nubes si es preciso. Oh! ya daré con sus huellas y la seguiré, aunque me caiga en medio del camino muerto de hambre y cansancio.

Pero aliviado poco á poco de su dolor con la esplosion de ese mismo dolor,

levantóse Jilberto, respiró con mas libertad, miró en torno suyo con aire no tan esquivo, y tomó á paso lento el camino de París.

Aquella vez invirtió cinco horas en andar el camino.

—El baron, decía allá para sí con cierto viso de razon, quizá no haya dejado á París y le hablaré. En cuanto á la señorita Andrea se ha marchado porque no podia permanecer en Trianon; pero sea cual fuere el sitio á donde haya ido, su padre lo sabrá; una palabra suya me indicará su rastro, y luego, si consigo convencer su avaricia, ya llamará á su hija.

Fortalecido Jilberto con este nuevo pensamiento, entró en París á las siete de la tarde, es decir, en el momento en que el fresco atraia á los paseantes á los Campos Eliseos, en donde París flotaba entre las primeras sombras de la noche y los primeros fulgores de esa claridad facticia que forma un dia de veinte y cuatro horas.

A consecuencia de la resolucion tomada, se encaminó en derechura á la

puerta del palacio de la calle de Coq-Heron, y llamó sin vacilar un instante.

El silencio fué el único que le contestó.

Redobló los aldabonazos, pero sin que el décimo tuviese mejor éxito que el primero.

Entonces perdió aquel último recurso, el en que tenia confianza, y loco, furioso, mordiéndose las manos para castigar su cuerpo porque no sufria tanto como su alma, Jilberto revolvió bruscamente la calle, empujó el pestillo de la casa de Rousseau y subió la escalera.

El pañuelo que contenia los treinta billetes de banco encerraba tambien la llave del zaquizamí.

Jilberto se precipitó en él como se hubiera precipitado en el Sena si hubiese corrido por aquel sitio.

Luego, como la noche era hermosa y las nubes como otros tantos copos de nieve se mecian en el azulado cielo, como se desprendia un olor suave de los tilos y castaños de Indias á favor del crepúsculo de la tarde, y el murciélago iba á golpear con sus silenciosas alas los vidrios

de la ventanilla, vuelto á la vida Jilberto con todas estas sensaciones se acercó á aquella y al ver blanquear en medio de los árboles el pabellon del jardin en que en otro tiempo encontró á Andrea, á quien creia perdida para siempre, sintió destrozado su corazon y cayó casi desmayado sobre el borde de la ventanilla, sumerjido en una contemplacion vaga y estúpida.

CAPÍTULO LXXXVI.

En que Jilberto vé que es mas fácil cometer un delito que vencer una preocupacion.

A medida que iba disminuyéndose la sensacion dolorosa que se habia apoderado de Jilberto, eran mas claras y terminantes sus ideas.

A todo esto la sombra que iba espesándose le impidió distinguir nada; y entonces se apoderó de él un deseo invencible de ver los árboles, la casa y las calles que la oscuridad acababa de con-

fundir en una masa, sobre la cual flotaba el aire estraviado como sobre un abismo.

Se acordó de que una noche, en tiempos mas felices, habia tratado de adquirir noticias de Andrea, verla y aun oirla hablar, y que con peligro de su vida, cuando aun no estaba repuesto de la enfermedad que siguió al 31 de mayo, se deslizó por las canales desde el piso principal hasta abajo, es decir, hasta el bienaventurado suelo del jardin.

En aquel tiempo habia un gran peligro en penetrar en aquella casa, donde vivia el baron y donde Andrea estaba tan bien guardada, y sin embargo, á pesar de aquel peligro acordábase Jilberto de cuán dulce era la situacion, y del gozo con que palpitó su corazon cuando oyó el sonido de su voz.

—Veamos, se dijo á sí mismo, si voy á buscar recuerdos por última vez al sitio en que estuvo presente; si voy á buscar de nuevo de rodillas, en la arena de las calles de árboles, la huella adorada que han debido dejar impresa los pasos de mi querida.

Esta palabra, esta palabra espantosa si la hubiesen oido, la articuló Jilberto en voz bastante alta, recibiendo al pronunciarla un placer estraño.

Jilberto interrumpió su monólogo para fijar una mirada profunda en el sitio en que debia estar el pabellon.

Luego, al cabo de un instante de silencio é investigacion:

—Nada anuncia, añadió, que el pabellon esté habitado por otros inquilinos; ni se vé luz, ni se oye ruido, ni hay ninguna puerta abierta: vamos pues!

Jilberto tenia un mérito, cual era, una vez tomada una resolucion, realizarla rápidamente. Abrió la puerta de su buhardilla, bajó á tientas como una sílfide por delante de la puerta de Rousseau, y asi que llegó al piso principal se agarró con valor al canalon de plomo y se dejó escurrir hasta abajo, á riesgo de echar á perder aquellos calzones, tan rozagantes por la mañana.

Cuando llegó á la espaldera volvió á sentir todas las emociones que sintió la primera vez que visitó el pabellon, cru-

jió la arena bajo sus plantas, y reconoció la puertecilla por donde introdujo Nicolasa á Mr. de Beausire.

Al fin se dirijió á la gradería para aplicar sus labios á la manecilla de cobre de la persiana, diciendo allá para sí que sin duda la habria estrechado muchas veces Andrea. El delito de Jilberto habia convertido, pues, su amor en una especie de relijion.

De pronto hizo estremecer al joven un ruido interior, débil y sordo como si alguien pisara el suelo con leve paso.

Jilberto retrocedió.

Su rostro se puso lívido, y tan trastornada estaba su cabeza hacia ocho dias, que al divisar una luz que penetraba por entre la puerta, creyó que la supersticion, esa hija de la ignorancia y el remordimiento, encendia en sus ojos una de sus siniestras antorchas, y que esta antorcha era la que se trasparentaba en las hojas de las persianas. Tambien creyó que su alma, cargada de terrores, evocaba otra alma, y que habia llegado al hora de esas alucinaciones que sienten

los locos ó los apasionados de un modo estravagante.

Y entre tanto seguian acercándose los pasos y la luz, y Jilberto oia y veia sin dar crédito á sus ojos y oidos; pero la persiana se abrió de repente, en el momento en que el joven se aproximaba para mirar á través de las hojas, y con el choque fue á parar á la pared, lanzando un grito y cayendo de rodillas.

Lo que asi le prosternaba no era tanto el choque como la vista, pues en aquella casa que creia desierta, y á cuya puerta habia llamado sin que le abriesen, acababa de ver aparecer á Andrea.

La joven, pues efectivamente era ella y no una sombra, tambien exhaló un grito; pero luego, menos asustada, porque sin duda esperaba á alguien:

—Qué hay? preguntó; quién sois? Qué es lo que deseais?

—Oh! Perdon, perdon, señorita! murmuró Jilberto, con el rostro humildemente inclinado hácia el suelo.

—Jilberto, Jilberto aqui! esclamó Andrea con una sorpresa exenta de miedo y

furor; Jilberto en este jardin! Qué venís á hacer aquí, amigo mio?

Estas últimas palabras vibraron dolorosamente hasta el fondo del corazon del joven.

—¡Oh, dijo con voz conmovida; no me agobieis, señorita; sed misericordiosa, porque he sufrido tanto!

Andrea miró á Jilberto con asombro, y como mujer que no entendia absolutamente á qué venia aquella humildad.

—Antes que nada, dijo, levantaos y esplicadme cómo es que os hallais aquí.

—Oh! señorita, esclamó Jilberto; no me levantaré mientras no me hayais perdonado!

—Pues qué habeis hecho contra mí para que os perdone? dijo; esplicaos: en todo caso, siguió diciendo con melancólica sonrisa, como la ofensa no puede ser grande, el perdon será fácil. Ha sido Felipe el que os ha dado la llave?

—La llave?

—Sin duda, pues habíamos convenido en que no abriria á nadie estando él ausente, y para que vos háyais entrado, es

preciso que sea él el que os ha facilitado los medios, á no ser que háyais saltado por cima de las paredes.

—Vuestro hermano, el señorito Felipe? dijo Jilberto tartamudeando; no, no, no ha sido él; pero no se trata de vuestro hermano, señorita: conque no os habeis marchado? Conque no habeis dejado á Francia? Oh! qué dicha tan inesperada!

Jilberto se apoyó sobre una rodilla, y con los brazos abiertos daba gracias al cielo con estraordinaria buena fé.

Andrea se inclinó hácia él, y mirándole con inquietud:

—Sr. Jilberto, le dijo, hablais como si estuviérais loco, y vais á romperme el vestido; soltad pues, y pongamos fin á esta comedia.

Jilberto se levantó.

—Ya estais enfadada, dijo; pero no tengo de qué quejarme, porque harto lo he merecido: sé que no debí presentarme de este modo; pero qué quereis? no sabia que vivíais en este pabellon; lo creia vacío, solitario, y venia á buscar en él recuerdos vuestros, nada mas.... Solo la

casualidad.... Verdaderamente no sé lo que digo; dispensadme: primero queria dirijirme á vuestro señor padre, mas tambien habia desaparecido.

Andrea hizo un movimiento.

—A mi padre! dijo, y para qué?

Jilberto se engañó con aquella respuesta.

—Oh! porque os temo demasiado, dijo; y sin embargo, ya sé que mas vale que todo pase entre nosotros, pues este es el medio mas seguro de que todo quede reparado.

—Reparado! decidme, qué es lo que debe repararse?

Jilberto la miró con ojos llenos de humildad.

—Oh! no os irriteis, dijo; ya sé que es gran temeridad de mi parte, siendo como soy tan poca cosa; digo que es una temeridad levantar los ojos tan alto; pero ya está consumada la desgracia.

Andrea hizo un movimiento.

—El delito, si asi lo quereis, siguió diciendo Jilberto; el delito, porque real y verdaderamente es un delito muy gran-

de. Pues bien, acusad á la fatalidad, señorita, pero nunca á mi corazon....

—¡Vuestro corazon, vuestro delito, la fatalidad!... Sr. Jilberto, vos estais loco y me causais miedo.

—Oh! es imposible que os inspire otro sentimiento que no sea compasion, cuando os muestro tanto respeto y remordimiento; cuando os hablo con la frente inclinada y juntando las manos. Señorita, escuchad lo que voy á deciros, en el concepto de que es un compromiso que contraigo en presencia de Dios y de los hombres. Quiero que toda mi vida esté consagrada á espiar el error de un momento; quiero que vuestra dicha futura sea tan grande que borre todos los dolores pasados. Señorita....

Jilberto vaciló.

—Señorita, consentid en un matrimonio que santifique una union criminal.

Andrea retrocedió un paso.

—No, no, dijo Jilberto, no estoy loco; no trateis de huir, no me arranqueis estas manos que estrecho en las mias; por fa-

vor, por compasion.... consentid en ser mi esposa.

—Vuestra esposa! esclamó Andrea, creyendo que ella era la que iba á volverse loca.

—Oh! continuó Jilberto lanzando abrasadores jemidos; oh! decid que me perdonais esa noche horrible, decid que mi atentado os causa horror, pero que me perdonais al ver mi arrepentimiento; decid que mi amor, comprimido tanto tiempo, justificaba mi delito.

—Miserable! gritó Andrea con bárbara furia, conque fuiste tú? Oh! Dios mio, Dios mio!

Y Andrea apretó la cabeza entre sus manos, como para impedir que huyera su indignado pensamiento.

Jilberto retrocedió mudo y petrificado ante aquella hermosa y pálida cabeza de Medusa, que dejaba ver á un mismo tiempo espanto y asombro.

—Esta desgracia es lo único que me faltaba, Dios mio! esclamó la jóven, de quien se apoderó una exaltacion que iba en aumento; mi nombre está doblemente

deshonrado! deshonrado por el delito y por el delincuente! Responde, infame! Responde, miserable! Conque fuiste tú?

—No lo sabia! dijo Jilberto anonadado.

—Socorro! socorro! gritó Andrea entrando en su cuarto. ¡Felipe, Felipe, ven acá!

Jilberto que la habia seguido sombrío y desesperado, miró en torno suyo por ver si encontraba un sitio en que caer con nobleza á los golpes que esperaba, ó un arma con que defenderse.

Pero nadie acudió á los gritos de Andrea, porque estaba sola en su aposento.

—Sola! oh! estar sola! esclamó la joven con una crispacion de rabia; ¡sal de aqui miserable! No tientes la ira de Dios!

Jilberto levantó la cabeza con dulzura.

—Vuestra furia, murmuró, es para mí mas temible que todo lo demas; no me abrumeis, pues, señorita; compadeceos de mí!

Y juntó las manos en ademan suplicante.

—Asesino! Asesino! Asesino! gritó la joven.

—Pero no quereis oirme? esclamó Jilberto: oidme á lo menos, y haced que me maten en seguida si quereis.

—Que te oiga! Tambien este suplicio! Vamos, y qué es lo que vas á decirme?

—Lo que dije hace poco; que he cometido un delito, delito bien disculpable para el que penetre mi corazon, y que vengo á reparar ese delito.

—Oh! esclamó Andrea, ahora conozco el sentido de esa palabra que me causaba horror aun antes de comprenderla.... un matrimonio. Creo que habeis pronunciado esta palabra?

—Señorita! tartamudeó Jilberto.

—Un matrimonio! continuó la altanera joven exaltándose cada vez mas. Oh! no es furor lo que siento hácia vos, sino desprecio, odio; y con este desprecio viene á mezclarse un sentimiento tan bajo y terrible, que no comprendo cómo hay quien sufra sin morirse su espresion tal como os la arrojo á la cara.

Jilberto se puso pálido; dos lágrimas de rabia brillaron en sus párpados, y sus labios se adelgazaron quedándose tan blan-

cos como dos hilos de nácar.

—Señorita, dijo estremeciéndose; no valgo tan poco que no pueda servir para reparar la pérdida de vuestra honra.

Andrea se incorporó.

—Si se tratara de honra perdida, dijo con orgullo, sería la vuestra, y no la mia. Tal como me hallo, mi honra está intacta, y solo casándome con vos me deshonraría.

—No creia, respondió Jilberto con tono frio y penetrante, que para una mujer que va á ser madre hubiese en el mundo otra consideracion que la suerte futura de su hijo.

—Y yo no podia suponer que os atreveríais á ocuparos de esto, replicó Andrea, cuyos ojos chispeaban de rabia.

—Al contrario, me ocupo de ello, señorita, respondió Jilberto, empezando á levantarse bajo el encarnizado pie que le hollaba; me ocupo de ello, porque no quiero que ese niño se muera de hambre, como sucede con frecuencia en las casas de los nobles, cuyas hijas entienden el honor allá á su modo. Los hombres se sirven entre sí, y sugetos que valian mas

que los otros han proclamado esta máxima. Concibo que no me ameis porque no veis mi corazon, y que me desprecieis, porque no sabeis lo que pienso; pero nunca concebiré que me negueis el derecho de ocuparme de mi hijo. Ay! Al tratar de casarme con vos no era por satisfacer un deseo, una pasion, una ambicion, sino por cumplir con un deber, y me condenaba á ser esclavo vuestro dándoos mi vida. Dios mio! aunque nunca hubiéseis llevado mi nombre, si queríais; aunque hubiérais seguido tratándome como al jardinero Jilberto, esto habria sido justo; pero no debíais sacrificar á vuestro hijo. Hé aqui trescientas mil libras que me ha dado por via de dote un protector jeneroso que me ha juzgado de distinto modo que vos. Si me caso con vos, este dinero es mio: ahora bien; por lo que hace á mi, señorita, nada mas necesito que un poco de aire que poder respirar, si vivo, y un sepulcro donde descanse mi cuerpo, si muero. Lo demas que tengo se lo doy á mi hijo; mirad, aqui están las trescientas mil libras.

Y puso sobre la mesa el lio de billetes casi junto á la mano de Andrea.

—¡Estais en un error muy grave, dijo esta, pues no teneis tal hijo!

—Yo!

—De qué hijo hablais pues? preguntó Andrea.

—Del que llevais en vuestro seno. ¿No habeis confesado delante de dos personas, esto es, delante de vuestro hermano y del conde de Bálsamo, que estábais en cinta, y que yo fui? ¡yo, desventurado!

—Ah! Conque lo oisteis vos? esclamó Andrea: pues bien, tanto mejor; en ese caso hé aqui lo que os respondo: me habeis forzado de un modo infame; me habeis poseido estando dormida; me habeis disfrutado por medio de un delito, y estoy en cinta, es verdad; pero mi hijo solo tiene madre, lo ois? ¡Es cierto que me habeis violado, pero no sois padre de mi hijo!

Y cojiendo los billetes los tiró con desden fuera de la habitacion, de tal modo, que rozaron al esparcirse el semblante descolorido del infortunado Jilberto.

Entonces sintió un impulso de rabia tan atroz, que el ánjel custodio de Andrea debió temblar por ella otra vez.

Pero aquella furia se contuvo por su misma violencia, y el joven pasó por delante de Andrea sin dirijirle siquiera una mirada.

No bien habia traspuesto el umbral, la joven se lanzó tras él y cerró puertas, persianas, ventanas y celosías, como si con aquella accion violenta pusiera el universo entre lo presente y lo pasado.

CAPÍTULO LXXXVII.

Resolucion.

Cómo volvió Jilberto á su buhardilla; cómo pudo, sin espirar de dolor y rabia, sufrir las angustias de la noche; cómo no se levantó cuando menos con cabellos blancos, esto es lo que no trataremos de esplicar al lector.

Cuando vino el dia, Jilberto sintió vehementes deseos de escribir á Andrea,

participándole los argumentos tan sólidos y llenos de probidad que la noche hizo brotar de su cerebro; pero como en sobradas circunstancias habia esperimentado el carácter inflexible de la jóven, no le quedaba ninguna esperanza. Por otra parte, escribir era una concesion que repugnaba á su orgullo, y pensando que su carta seria arrugada, tirada quizá sin ser leida; figurándose que solo serviria para que le siguiese la pista una trahilla de enemigos encarnizados é ignorantes, esta fue una razon para que no escribiese.

Jilberto pensó entonces que el paso que diera podia ser recibido de un modo mejor por el padre, que era un avaro y un ambicioso, ó por el hermano, que era un hombre de muy buen corazon, y de quien solo podia temerse el primer impulso.

—Pero, se dijo á sí mismo, ¿de qué me serviria que me apoyara Mr. de Taverney ó su hijo Felipe, si Andrea me perseguirá con su eterno «no os conozco?»

Luego añadió allá para sí:

—Está bien, nada me liga ya á esa

mujer, pues ella misma ha tenido cuidado de quebrantar los lazos que nos unian.

Esto lo decia revolcándose de dolor en su jergon, acordándose rabioso de la voz y el semblante de Andrea, y sufriendo un tormento inesplicable, porque amaba perdidamente.

Cuando el sol, que ya estaba bastante alto en el horizonte, penetró en la buhardilla, Jilberto se levantó tambaleándose con la esperanza de divisar á su enemigo en el jardin ó hasta en el pabellon.

Esto era una alegria en medio de su desgracia.

Pero de pronto fue á anegar su pensamiento una ola amarga de despecho, remordimiento é ira; se acordó de todos los disgustos y desprecios que le habia hecho sufrir la jóven, y parándose en medio del zaquizamí, porque asi lo mandó severamente á la materia la voluntad:

—No! dijo; no irás á mirar á esa ventana, no te infiltrarás ya el veneno con que tienes gusto en matarte. Es una cruel, porque nunca cuando doblegabas la frente ante ella se ha sonreido ni te ha dirijido

una palabra de consuelo ó amistad; porque se ha complacido en desgarrar con sus uñas tu corazon lleno todavia de inocencia y amor casto. Sí, es una criatura sin honra ni religion la que niega al hijo su padre, que es su apoyo natural, y condena á la pobre criatura al olvido, la miseria ó quizá la muerte, en atencion á que ese hijo deshonra las entrañas en que ha sido concebido. Pues bien, Jilberto, por muy delincuente que hayas sido, por muy enamorado y cobarde que seas, te prohibo que te encamines hácia la claraboya y que dirijas una mirada siquiera al pabellon, te prohibo que te apiades de la situacion de esa mujer, ni que debilites los resortes de tu alma pensando en lo que ha pasado. Consume la vida como el bruto, trabajando y satisfaciendo necesidades materiales; gasta el tiempo que va á trascurrir entre la afrenta y la venganza, y acuérdate siempre de que el único medio de respetarte todavia y hacerte superior á esos nobles orgullosos, consiste en ser mas nobles que ellos.

Pálido, temblando, atraido por el co-

razon hácia aquella ventana, obedeció sin embargo el mandato del espíritu, pudiendo vérsele poco á poco, lentamente, como si sus pies hubiesen echado raices en aquel cuarto, andar paso á paso hácia el lado de la escalera. Al fin salió para dirijirse á casa de Bálsamo.

Luego, variando de pronto:

—Qué loco soy! dijo, qué cabeza tan destornillada tengo! Hablaba de vengarme, y no sé qué venganza emplear. ¿Mataré á esa mujer? Oh! no, pues al caer se tendria dichosa con ajarme con una injuria mas! La deshonro en público? Oh! eso es propio de un menguado!... Hay un punto sensible en el alma de esa criatura en que mi alfilerazo descargue un golpe tan doloroso como una puñalada.... Necesita que la humillen, sí, porque todavia es mas orgullosa que yo.... Humillarla yo? Y cómo? Nada tengo, nada soy, y sin duda va á desaparecer. Seguramente que con mi presencia, si me presentara á menudo y le dirijiera una mirada de desprecio ó provocacion, la castigaría cruelmente. Bien sé que esa madre sin entrañas

sería una madre sin corazon y me enviaría á su hermano á que me matase; pero quién me quita que yo tambien aprenda á matar á un hombre lo mismo que he aprendido á raciocinar ó á escribir? quién me impide que derribe al suelo á Felipe, que le desarme, y me ria en las barbas del vengador, riéndome al mismo tiempo de la mujer ofendida?... No, este medio es propio de comedia, y hay quien cuenta con su destreza y esperiencia sin calcular que puede intervenir Dios ó la casualidad.... Yo solo, yo, con mi brazo desarmado, con un raciocinio despojado de ideas imajinarias, con la fuerza muscular que la naturaleza me ha dado y mi vigoroso pensamiento, reduciré á la nada los proyectos de esos desventurados.... ¿Qué es lo que quiere Andrea, qué posee, qué pone por delante para defenderse y labrar mi oprobio?... Veámoslo.

Luego, en el borde de la parte saliente de la pared, encorvado y con los ojos clavados en el suelo, se puso á meditar profundamente.

—Lo que puede agradar á Andrea,

dijo, es lo que yo aborrezco: es preciso pues destruir todo lo que aborrezco.... Destruir! Oh! no.... Que mi venganza no me induzca á obrar mal! Que jamas me obligue á valerme del acero ó el fuego! Qué me queda entonces? Hélo aqui: buscar la causa de la superioridad de Andrea; ver por medio de qué cadena va á aprisionar á un mismo tiempo mi corazon y mi brazo.... Oh! No volver á verla!... Pasar sin que ella me mire!... Pasar, digo, á dos pasos de esa mujer, cuando sonriéndose con su insolente hermosura lleve de la mano á su hijo, su hijo que nunca me conocerá!... Malditos sean el cielo y la tierra!

Y Jilberto acentuó esta frase dando furioso un puñetazo en la pared, y lanzando una imprecacion mas terrible todavia que voló hácia el cielo.

—Su hijo! Aqui está el secreto. ¡Es preciso que nunca posea ese hijo, á quien acostumbraría á aborrecer el nombre de Jilberto: es preciso, al contrario, que sepa que ese hijo crecerá aprendiendo á odiar el nombre de Andrea! En una palabra,

ese hijo á quien ella no querria, á quien tal vez atormentaría, porque tiene mal corazon, ese hijo con que me estaria castigando perpétuamente, es preciso que nunca lo vea Andrea, y que lance, cuando lo haya perdido, rujidos semejantes al de la leona á quien quitan sus cachorros!

Jilberto se incorporó embellecido por la ira y una alegria bárbara.

—Esto es, dijo estendiendo el puño hácia el pabellon de Andrea; me has condenado á la vergüenza, á la soledad, al remordimiento y el amor, y yo te condeno á sufrir sin utilidad, á vivir aislada, á la afrenta, al terror y á un odio sin venganza. Me buscarás, pero yo habré huido; llamarás al niño, aunque sea para despedazarle si le encuentras, pero á lo menos habré encendido en tu alma una hoguera de furiosos deseos; habré clavado en tu corazon una hoja sin puño.... ¡Sí, sí, el hijo! Y lo tendré, Andrea; no tu hijo, como dices, sino el mio. Jilberto tendrá á su hijo, hijo noble por parte de madre... Mi hijo! Mi hijo!

Y fue animándose insensiblemente has-

ta enajenarse de gozo.

—Vamos, dijo, no se trata de un despecho vulgar ni de entregarse á lamentaciones pastoriles, sino de un soberbio complot. Ya no debo mandar á mis ojos que no vayan á mirar al pabellon, sino disponer que toda mi fuerza, toda mi alma vele para asegurar el buen éxito de mi empresa. Velaré, pues, Andrea! dijo en tono solemne acercándose á la ventana; velaré de dia y de noche, y no harás un movimiento sin que yo lo espie; no arrojarás un grito de dolor sin que yo te prometa otro dolor mas agudo; no mostrarás una sonrisa sin que yo conteste con una risa sardónica é insultante. ¡Andrea, eres presa mia; una parte tuya es mi bien, y desde hoy velo, sí velo!

Entonces se acercó á la claraboya y vió abrir las persianas del pabellon, deslizándose la sombra de Andrea sobre las cortinas y sobre el pavimento del cuarto, reflejada sin duda por algun espejo.

En seguida llegó Felipe, que se habia levantado mas temprano, pero que habia estado trabajando en su cuarto, situado

detras del de Andrea.

Jilberto notó cuán animada era la conversacion de los dos hermanos, y seguramente hablaban de él, de la escena de la víspera, pues Felipe se paseaba con una especie de perplejidad. Quizá habia cambiado la llegada de Jilberto los proyectos de instalacion, y tal vez iban á buscar en otra parte la paz, las tinieblas y el olvido.

Cuando á Jilberto se le ocurrió esta idea, convirtiéronse sus ojos en rayos luminosos que hubieran abrasado el pabellon y penetrado hasta el centro del mundo.

Pero casi al punto entró por la puerta del jardin una criada de servir, provista de una recomendacion. Andrea la admitió, pues inmediatamente instaló su paquete de ropa en la habitacion que Nicolasa ocupó en otro tiempo: en seguida varias compras de muebles, utensilios y provisiones, confirmaron al vijilante Jilberto en la certeza de que los dos hermanos pensaban vivir allí pacíficamente.

Felipe examinó y mandó examinar con el mayor cuidado las cerraduras de la puerta del jardin, lo cual probó mas que

nada á Jilberto que sospechaban habia entrado con una llave falsa que quizá le habia dado Nicolasa. Asi es que estando Felipe delante, mudó un cerrajero las guardas de la cerradura.

Aquella fue la primera alegria que Jilberto sintió despues de todos los sucesos referidos.

Sonrióse irónicamente, murmurando:

—Pobre jente! poco peligro me puede venir de ella: ¡la pegan con la cerradura, y ni siquiera sospechan que he tenido fuerzas para escalar las paredes! Qué idea tan mezquina tienen de tí, Jilberto! Tanto mejor. Sí, orgullosa Andrea, añadió; á pesar de las cerraduras de tu puerta podria penetrar en tu casa si quisiera.... Pero ahora que al fin tengo la dicha en mi mano, te miro con desden, y á no ser que por capricho....

Al decir esto hizo una pirueta sobre los talones, imitando como un mono á los pisaverdes de la corte.

—Pero no, prosiguió con amargura... ¡esto es mas digno de mí, y ya no os quiero!... ¡Dormid en paz, pues no ne-

cesito poseeros para atormentaros á mis anchas; dormid!

Dejó la claraboya, y despues de dirijir una ojeada á su traje, bajó la escalera para encaminarse á casa de Bálsamo.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Para el 15 de diciembre.

Fritz no opuso á Jilberto ninguna dificultad en introducirle á que viese á Bálsamo.

El conde estaba descansando en un sofá, como la jente rica y ociosa, de la fatiga de haber dormido toda la noche: á lo menos esto es lo que pensó Jilberto al verle tendido de aquel modo á semejante hora.

Es preciso creer que se habia mandado al ayuda de cámara introdujese á Jilberto asi que se presentase, pues no necesitó decir su nombre ni abrir la boca siquiera.

Cuando entró en el salon, Bálsamo se incorporó levemente apoyándose en el co-

do, y cerró un libro que tenia abierto aunque no leia.

—Oh! oh! hé aqui un joven que va á casarse, dijo.

Jilberto no contestó.

—Bueno, siguió el conde volviendo á tomar su postura indolente, eres dichoso y por eso eres casi agradecido. Esto es muy lindo; pero vienes á darme las gracias, y esto es supérfluo; déjalo, Jilberto, para cuando lo vuelvas á necesitar. Las gracias son una moneda de cambio con que se contentan muchos cuando se reparte sonriéndose. Vete, mi amigo, vete.

Habia en aquellas palabras y en el tono con que Bálsamo las pronunció una cosa tan profundamente lúgubre y almibarada, que fue para Jilberto una tacha y una revelacion.

—No, dijo, os equivocais, caballero, pues no hay tal casamiento.

—Oh! saltó el conde, pues entonces qué es lo que haces?... qué ha sucedido?

—Que me han negado mi peticion, contestó Jilberto.

El conde se volvió del todo.

—Te habrás enterado mal, querido.

—No, caballero, ó á lo menos, asi lo creo.

—Quién te ha desahuciado?

—La señorita.

—Eso era seguro; y por qué no hablaste á su padre?

—Porque la fatalidad no ha querido.

—Ah! conque somos fatalistas?

—No tengo por qué tener fé.

Bálsamo frunció el entrecejo y miró á Jilberto con una especie de curiosidad.

—No hables asi de lo que no conoces, le dijo; pues en un hombre es una necedad, y en un niño inútil jactancia. Te permito que tengas orgullo, pero no que seas un imbécil: dime que no tienes por qué ser un tonto y lo aprobaré. En resúmen, qué has hecho?

—Hélo aqui. He querido, como los poetas, soñar en vez de obrar; he querido i me á pasear por calles de árboles en que habia tenido gusto de meditar amorosamente, y sin estar preparado se ha presentado de pronto á mi vista la realidad, dejándome muerto en el sitio.

—Tambien te está bien empleado, Jilberto, porque el hombre que se encuentra en la situacion en que tú te hallas, se parece á los esploradores de un ejército, los cuales no deben caminar sino con el mosquete en la mano derecha y una linterna sorda en la izquierda.

—En fin, caballero, he fracasado, pues la señorita Andrea me ha llamado asesino é infame, diciéndome que mandará que me maten.

—Bueno, pero y su hijo?

—Dice que es suyo y no mio.

—Y qué mas?

—Nada; viendo esto me retiré.

—Ah!

Jilberto alzó la cabeza.

—Qué hubiérais hecho vos? dijo.

—No lo sé todavia: dime lo que tú vas á hacer ahora.

—A castigarla por las humillaciones que me ha hecho sufrir.

—Esas no son mas que palabras.

—No, caballero, que es una resolucion que he tomado.

—Pero te has dejado arrancar tu se-

creto.... tu dinero tal vez?

—Mi secreto me pertenece aun y no dejaré que nadie se apodere de él; en cuanto al dinero, era vuestro y vengo á traéroslo.

Jilberto se desabrochó la chupa y sacó los treinta billetes de banco, los cuales contó minuciosamente, estendiéndolos sobre la mesa de Bálsamo.

El conde los tomó y dobló, sin dejar de observar á Jilberto, cuyo semblante no reveló la menor emocion.

—Es honrado y nada codicioso; aqui hay espíritu y firmeza.... este sí que es un hombre, pensó allá para sí.

—Ahora, señor conde, dijo Jilberto, tengo que daros cuenta de los dos luises que me facilitásteis.

—Nada exajeres jamás, contestó Bálsamo, pues si es una cosa magnífica devolver cien mil escudos, es una puerilidad entregar cuarenta y ocho libras.

—No queria devolvéroslas, sino deciros lo que he hecho con esos dos luises, á fin de que supiéseis oportunamente que necesito otros.

—Eso es ya diferente. Conque pides mas?

—Pido....

—Y para qué?

—Para hacer una cosa con lo que dijísteis hace poco que no eran mas que palabras.

—Corriente; tratas de vengarte?

—Sí, y creo que noblemente.

—No lo dudo, pero de un modo cruel, no es verdad?

—Sí.

—Qué dinero te hace falta?

—Veinte mil libras.

—Y no tocarás á esa jóven? dijo Bálsamo, creyendo atajar á Jilberto con esta pregunta.

—No la tocaré.

—Y á su hermano?

—Tampoco, ni á su padre.

—No la calumniarás?

—Jamás abriré la boca para pronunciar su nombre.

—Bien, te comprendo, pero lo mismo es matar á una mujer con un puñal que matarla con continuas bravatas.... Sin

duda quieres desafiarla presentándote á su vista, siguiéndola y abrumándola con sonrisas llenas de insulto y rencor.

—Tan lejos estoy de querer hacer eso que decís, que vengo á pediros, para en caso de que se me antoje dejar á Francia, que me faciliteis los medios de pasar el mar sin que me cueste nada.

Bálsamo hizo una esclamacion.

—Señor Jilberto, dijo con su voz agria á la par que cariñosa, que no contenia sin embargo ni dolor ni gozo; señor Jilberto, me parece que no sois consecuente con vuestra ostentacion de desinterés. Me pedís veinte mil libras; pues qué, no podeis tomar de esa cantidad mil que os costarán los gastos de embarque?

—No, caballero, por dos razones.

—Veamos cuáles son.

—La primera es que el dia en que me embarque no poseeré un sueldo, pues, tenedlo presente, señor conde, lo que pido no es para mí, sino para reparar la falta que he cometido por haberme vos proporcionado la ocasion.

—Ah! qué tenaz eres! dijo Bálsamo

con la boca crispada.

—Porque tengo razon.... Os digo que pido dinero para reparar una falta, y no para vivir ó consolarme: ni un sueldo de esas veinte mil libras entrará en mi bolsillo, pues están destinados.

—Sí, ya lo veo; para tu hijo.

—Para mi hijo, sí señor, replicó Jilberto con cierto orgullo.

—Pero y tú?

—Yo soy fuerte, libre é intelijente, y siempre tendré con qué mantenerme, porque quiero, quiero vivir!

—Oh! vivirás! Jamás da Dios semejante fuerza de voluntad á almas que deban dejar prematuramente la tierra; Dios, asi como viste con eficacia las plantas que tienen que arrostrar los largos inviernos, da una coraza de acero á los corazones que tienen que sufrir amargas y duras pruebas. Pero me parece que has dicho tenias dos motivos para no conservar mil libras: en primer lugar por delicadeza.

—Y en segundo por prudencia. El dia en que deje á Francia tendré que ocultarme, y esto no lo conseguiré vendo

á buscar á un capitan en un puerto y entregándole dinero, pues presumo que esto es lo que se hace en esos casos.

—Es decir, que supones que yo puedo ayudarte á que te pongan en salvo?

—Sé que podeis hacerlo.

—Y quién te lo ha dicho?

—Oh! teneis á vuestra disposicion sobrados medios sobrenaturales para que no tengais tambien todo un arsenal de recursos naturales. Jamás tiene tanta seguridad en sí mismo un hechicero que no cuente con algun buen puerto de salvacion.

—Jilberto, dijo Bálsamo de pronto estendiendo la mano hácia el jóven, eres hombre dotado de un espíritu aventurero y atrevido; en tí se halla el bien y el mal como en una mujer, y eres estóico y probo sin afectacion. Quédate conmigo, y haré que seas hombre grande: te creo capaz de ser agradecido; quédate aqui, te digo, pues este palacio es un asilo seguro: ademas, dentro de algunos meses dejo la Europa, y te llevaré conmigo.

Jilberto escuchó con atencion, y luego dijo:

—Dentro de algunos meses no diria que no; pero lo que es hoy debo daros las gracias, señor conde: vuestra proposicion es brillantísima para un desgraciado, pero no la acepto.

—Mira que la venganza de un momento no vale quizá tanto como un porvenir de cincuenta años.

—Caballero, mi antojo ó mi capricho vale siempre para mí mas que todo el universo en el momento que tengo ese antojo ó ese capricho. Por otra parte, ademas de la venganza tengo que cumplir con un deber.

—Ahí tienes tus veinte mil libras, contestó Bálsamo sin titubear.

Jilberto tomó dos billetes de banco, y mirando á su bienhechor:

—Haceis favores como un rey! dijo.

—Oh! algo mas, dijo Bálsamo, pues ni siquiera pido que el sugeto á quien favorezco me guarde un recuerdo.

—Bien! pero yo soy agradecido, como dijísteis hace poco, y cuando haya desempeñado mi tarea os pagaré estas veinte mil libras.

—De qué modo?

—Poniéndome á serviros los años que sean menester á un criado para pagar veinte mil libras á su amo.

—Vuelves á ser ilójico, Jilberto, pues hace un momento dijiste que *debia* darte las veinte mil libras que has pedido.

—Es verdad, pero habeis ganado mi corazon.

—Me alegro, dijo Bálsamo sin ninguna espresion. Conque serás mio si yo quiero?

—Sí.

—Qué es lo que sabes hacer?

—Nada; pero á todo me atrevo.

—Es verdad.

—Pero quiero tener en el bolsillo un medió para dejar á Francia en el término de dos horas si fuese necesario.

—Ah! ya no tenemos servicio.

—Volveré.

—Y yo te buscaré. Vamos, acabemos de una vez, porque me cansa estar hablando tanto tiempo. Acerca esa mesa.

—Aquí está.

—Dame los papeles que están en ese cuaderno sobre el ropero.

—Aquí los teneis.

Bálsamo cojió los papeles y leyó á media voz las líneas siguientes en un papel que contenia tres firmas, ó mas bien tres cifras estrañas:

«El dia 15 de Diciembre, del Havre, para Boston, P.—J. el *Adonis*.»

—Qué piensas de la América, Jilberto?

—Que no es Francia, y tendré gusto en viajar por mar, en un momento dado, con direccion á cualquiera pais que no sea el en que habitamos.

—Bien! ¿es tiempo oportuno.... para el 15 de Diciembre?

Jilberto se puso á contar por los dedos reflexionando.

—Precisamente, dijo.

Bálsamo cojió una pluma y se contentó con escribir en una hoja en blanco estos dos renglones:

«Admitid en el *Adonis* un pasajero.
José Bálsamo.»

—Pero este papel es peligroso, dijo Jilberto mirándolo; y cuando trato de buscar un asilo, bien podria ser que diese con la bastilla.

—A fuerza de tener talento parece tonto, dijo el conde. El *Adonis*, Sr. Jilberto, es un buque mercante, cuyo principal armador soy yo.

—Perdonadme, señor conde, dijo Jilberto inclinándose: efectivamente soy un miserable, y algunas veces pierdo la cabeza, pero nunca dos veces seguidas; perdonadme pues, y creed en mi gratitud.

—Idos, amigo mio.

—Quedaos con Dios, señor conde.

—Hasta la vista, dijo Bálsamo volviéndole la espalda.

CAPÍTULO LXXXIX.

Ultima audiencia.

En noviembre, es decir, varios meses despues de los sucesos que hemos contado, Felipe de Taverney salió muy temprano para la estacion que era; es decir, al rayar el dia, de la casa en que vivia con su hermana. Ya estaban despiertos y con los farolillos todavia encendidos todos los yen-

dedores ambulantes, como los que se ocupaban en el tráfico de pastelillos calientes que el pobre campesino devora como una cosa esquisita al aire penetrante de la mañana, y cruzaban las calles aldeanos cargados de legumbres y carretas llenas de pescados y de ostras, que corren al mercado, notándose en aquel movimiento de la muchedumbre laboriosa una especie de reserva impuesta á los trabajadores por respeto al sueño de los ricos.

Felipe se apresuró á atravesar el cuartel populoso y atestado de jente en que vivia, para dirijirse á los Campos Eliseos, absolutamente desiertos.

Las hojas daban vueltas, arrugadas en la copa de los árboles; la mayor parte cubria ya el suelo de las calles del curso de la reina, y los juegos de bochas, abandonados á aquella hora, estaban escondidos bajo un espeso tapiz de aquellas crujientas hojas.

El jóven iba vestido como los hijos de la clase media mejor acomodada de París, con una chupa de faldones anchos, calzon y medias de seda; ceñia espada, y su

peinado anunciaba que debia haber estado durante mucho tiempo, antes que amaneciera, entregado en manos del peluquero, recurso supremo de la hermosura en aquella época.

Asi, cuando Felipe conoció que el viento matinal empezaba á descomponer su peinado y á diseminar los polvos, paseó una mirada llena de disgusto por la avenida de los Campos Eliseos, por ver si alguno de los carruajes de alquiler que transitaban por aquel camino, andaba ya por allí.

No esperó mucho tiempo, pues una carroza gastada, sin color ya, medio rota y tirada por una yegua flaca, empezaba á andar la ruta, y el cochero, con ojo vijilante aunque mustio, buscaba a lo lejos un viajero por entre los árboles, como Eneas uno de sus buques en las ondas del mar Tirreno.

Cuando divisó á Felipe, el automedonte pegó un latigazo mas fuerte á su yegua, de modo que la carroza alcanzó al viajero.

—Componéoslas de manera, dijo Fe-

lipe, que á las nueve en punto esté en Versalles, y os daré medio escudo.

Efectivamente, á las nueve iba Felipe á tener una audiencia con la delfina, pues esta habia empezado á darlas por la mañana. Solícita, y dejando á un lado las leyes de la etiqueta, la princesa acostumbraba visitar los trabajos que mandaba ejecutar en Trianon, y encontrando al paso á los pretendientes á quienes habia concedido una conferencia, terminaba rápidamente con ellos con una presencia de ánimo y una afabilidad que no escluian la dignidad, y aun de vez en cuando la altanería si notaba que se equivocaban acerca de sus actos de delicadeza.

Felipe resolvió al principio andar el camino á pie, porque se veia reducido á la mas severa economía; pero el amor propio, ó quizá únicamente un respeto que los militares no pierden nunca acerca de la decencia con que deben presentarse á sus superiores, obligó al jóven á gastar los ahorros de un dia para presentarse en Versalles decentemente vestido.

Felipe se proponia volver á pie, de

suerte que aunque partiendo de dos puntos opuestos encontrábanse, como se vé, en la misma grada de la escala Felipe el noble y Jilberto el plebeyo.

Felipe volvió á ver con el corazon oprimido todo aquel Versalles lleno de májia todavia, y en que le habian encantado con sus promesas tantos sueños dorados y de color de rosa. Tambien volvió á ver con el corazon desgarrado á Trianon, recuerdo de desgracia y afrenta, y á las nueve en punto costeaba, provisto de su tarjeta de audiencia, el jardinillo que rodeaba el pabellon.

Desde allí divisó á cien pasos de distancia poco mas ó menos á la princesa, que hablaba con su arquitecto, envuelta en pieles de marta, aunque no hacia frio. La jóven delfina, con un sombrerillo como el que gastan las damas de Watteau, destacábase sobre las filas de verdes árboles, y algunas veces llegaba hasta Felipe el sonido de su voz arjentina y vibrante, conmoviendo en él sentimientos que por lo regular borran el pesar en un corazon lastimado.

Varias personas, favorecidas lo mismo que Felipe, fuéronse presentando una tras otra en la puerta del pabellon, á cuya antesala iba á buscarlas por turno un portero de estrados. Situadas al paso de la princesa, cada vez que volvia en direccion inversa con Mique, aquellas personas recibian una palabra de María Antonieta y aun el favor especial de algunas frases dichas de un modo particular.

Luego esperaba la princesa á que se presentase otra visita.

Felipe se quedaba para el último; pero vió que la delfina dirijia hácia él la vista como si quisiera conocerle: entonces se ruborizaba y procuraba tomar en su sitio la actitud mas modesta y paciente.

El portero fue al fin á preguntarle si no se presentaba tambien, pues la señora delfina no debia tardar en retirarse, y entonces á nadie recibia.

Felipe se adelantó, pues, y la delfina no le perdió de vista durante el tiempo que invirtió en salvar aquella distancia de cien pasos, escojiendo él el momento mas favorable para hacer su respetuoso saludo.

Volviéndose la delfina hácia el portero:

—Cómo se llama la persona que acaba de saludarme? dijo.

El portero leyó en la tarjeta de audiencia:

—Mr. Felipe de Taverney.

—Es verdad, dijo la princesa.

Y fijó en el jóven una mirada mas sostenida y curiosa.

Felipe esperaba medio encorbado.

—Buenos dias, señor de Taverney, dijo María Antonieta; cómo está Andrea?

—Bastante mala, señora, contestó el jóven; pero agradecerá en gran manera el interés que se digna tomar por ella V. A. R.

La delfina no respondió; pero habia conocido que las facciones pálidas y demacradas de Felipe revelaban mucho sufrimiento, y le costaba trabajo conocer, bajo el modesto traje del paisano, al apuesto oficial que fue el primero que le sirvió de guia en el territorio francés.

—Sr. Mique, dijo acercándose al arquitecto, quedamos en cómo ha de ser el adorno de la sala de baile y en que

se hará el plantío del bosque que está inmediato. Dispensadme que os haya tenido al frio tanto tiempo.

Esto era despedirle; de suerte que Mique hizo una reverencia y se fué.

La delfina saludó en seguida á todas las personas que esperaban algo distantes, y estas se retiraron inmediatamente. Felipe creyó que tambien iba á alcanzarle aquel saludo como á los demas, y ya empezaba á afligirse su corazon, cuando la princesa pasó por delante de él diciéndole:

—Dijísteis que vuestra hermana está enferma, no es cierto?

—Si no enferma, señora, se apresuró á contestar Felipe, á lo menos achacosa.

—Achacosa! esclamó la delfina con interés; y teniendo como tenia tan buena salud!

Felipe se inclinó, y la jóven princesa le asestó una de esas miradas investigadoras que un hombre de su alcurnia hubiera dicho era mirada de águila. Luego, despues de una pausa:

—Permitidme que ande un poco, dijo, porque el viento que corre es frio.

Y dió algunos pasos, permaneciendo Felipe en su sitio.

—Cómo! no me seguís? dijo Maria Antonieta volviéndose.

Felipe se puso á su lado en dos brincos.

—Y por qué no me habeis dicho antes el estado en que se halla Andrea, por quien me interesaba?

—Ay! dijo, V. A. acaba de decirlo: es verdad que se interesaba por mi hermana.... pero ahora....

—Todavia me intereso, á no dudarlo.... Sin embargo, me parece que la señorita de Taverney dejó mi servicio muy prematuramente.

—La necesidad, señora, dijo Felipe en voz baja.

—Cómo! esa palabra es espantosa: la necesidad!... Esplicadme esto, señor de Taverney.

Felipe no respondió.

—El doctor Luis, siguió diciendo la delfina, me contó que los aires de Versalles eran funestos para la salud de esa señorita, y que se restablecería viviendo en la casa paterna.... A esto se reduce

lo que me han dicho; y en cuanto á vuestra hermana, solo me hizo una visita antes de marcharse: por cierto que estaba pálida y triste; pero debo decir que me manifestó mucho cariño en aquella entrevista, pues derramó abundantes lágrimas.

—Lágrimas sinceras, señora, dijo Felipe, cuyo corazon palpitaba con fuerza; lágrimas que aun no se han agotado.

—He creido vislumbrar, prosiguió la princesa, que vuestro señor padre obligó á su hija á que viniese á la corte, y que sin duda esa niña echaba menos vuestro pais, ó algun cariño....

—Señora, se apresuró á decir Felipe, á nadie echa menos mi hermana sino á V. A.

—Y padece?... Vaya una enfermedad estraña, que debian curar los aires patrios, y lejos de ello la agravan.

—No quiero engañar por mas tiempo á V. A., dijo Felipe; la enfermedad de mi hermana es un pesar profundo que la ha conducido á un estado cercano á la desesperacion. Sin embargo, á nadie quiere en el mundo sino á V. A. y á mí; pero

empieza á preferir á Dios sobre todas las cosas, y la audiencia que he tenido la honra de solicitar, señora, tiene por objeto reclamar vuestra proteccion acerca del deseo de mi hermana.

La delfina alzó la cabeza.

—Quiere ser relijiosa, no es verdad?

—Sí señora.

—Y lo permitireis, queriendo como quereis á esa niña?

—Creo que conozco perfectamente su situacion, señora, y ese consejo se lo he dado yo. Sin embargo, amo lo bastante á mi hermana para que mi consejo no sea sospechoso y el mundo no lo atribuya á avaricia. Nada gano con que Andrea sea monja, pues ni uno ni otro poseemos nada.

La delfina se paró, y volviendo á mirar á hurtadillas á Felipe:

—Hé aquí lo que yo decia hace poco, cuando no quisísteis comprenderme; no sois rico?

—Señora....

—No hay que abochornarse caballero; se trata de la dicha de esa pobre jóven, y debeis responderme con sinceri-

dad, como hombre honrado que sois, estoy segura de ello.

Los ojos brillantes y leales de Felipe se encontraron con los de la princesa sin bajarse.

Responderé, señora, dijo.

—Pues bien, quiere dejar el mundo vuestra hermana por necesidad? Que hable! Dios mio! Qué desgraciados son los príncipes! Dios les ha dado un corazon para que compadezcan el infortunio; pero les ha negado esa penetracion suprema que adivina la desgracia bajo el velo de la discrecion. Contestad, pues, con franqueza; es eso?

—No, señora, dijo Felipe con firmeza, no, no es eso: sin embargo, mi hermana desea entrar en el convento de S. Dionisio, y solo poseemos la tercera parte del dote.

—Este asciende á sesenta mil libras, esclamó la princesa; conque es decir que solo teneis veinte mil?

—Escasamente, señora; pero sabemos que con una palabra de V. A. y sin necesidad de dote puede entrar en ese convento en clase de pensionista.

—Efectivamente que sí.

—Hé aquí, pues, el único favor que me atrevo á pedir á V. A., si es que no ha prometido á alguien interceder para con la augusta señora Luisa de Francia.

—Coronel, me sorprendeis en estremo, dijo María Antonieta: cómo, tan cerca de mí anda la miseria unida con la nobleza! Coronel, es malo haberme engañado asi.

—No soy coronel, señora, contestó Felipe con dulzura, no soy otra cosa que un servidor adicto de V. A.

—Decís que no sois coronel? y desde cuándo acá?

—Nunca lo he sido, señora.

—Pues el rey os prometió en mi presencia un rejimiento....

—Sí, pero nunca me dió el real despacho.

—Ademas, vos teníais una graduacion....

—Que he abandonado, señora, por haber caido en desgracia del rey.

—Y por qué?

—Lo ignoro.

—Oh! dijo la delfina con profunda

tristeza; lo que es la corte!

Entonces Felipe se sonrió con melancolía.

—Sois un ánjel bajado del cielo, señora, dijo, y siento mucho no estar al servicio de la casa de Francia para tener ocasion de morir por V. A.

Los ojos de la delfina despidieron un brillo tan ardiente y vivo, que Felipe se tapó el rostro con las manos. La princesa ni siquiera procuró consolarle ó sacarle del pensamiento que le dominaba en aquel instante.

Muda y respirando con dificultad deshojaba unas rosas de Bengala que cortó de su tallo con mano inquieta y nerviosa.

Felipe volvió en sí.

—Tened la bondad de perdonarme, señora, dijo.

Maria Antonieta no contestó á estas palabras.

—Desde mañana si quiere, dijo con febril vivacidad, puede entrar vuestra hermana en San Dionisio, y vos estareis dentro de un mes á la cabeza de un rejimiento.

—Señora, respondió Felipe, ¿quereis tener la bondad de oir mis últimas esplicaciones?... Mi hermana acepta el beneficio de V. A. R., pero yo no debo aceptarlo.

—Que no aceptais?

—No, señora... he recibido una afrenta de la corte, y los enemigos que me la han hecho hallarian medio de descargar sobre mí un golpe mas fuerte si me vieran en mayor elevacion.

—Cómo! Y aun protejiéndoos yo?

—Por eso mismo, señora, dijo Felipe con resolucion.

—Es verdad! murmuró la princesa poniéndose pálida.

—Y luego, señora; no.... se me olvidaba, se me olvidaba al hablaros que ya no hay felicidad para mí en la tierra.... se me olvidaba que habiendo vuelto á la oscuridad no debo salir de ella: en la oscuridad, el hombre que tiene corazon reza y se acuerda!

Felipe pronunció estas palabas con un tono que hizo estremecer á la princesa.

—Ya llegará el dia, dijo esta, en que

tenga derecho para decir lo que en este momento solo puedo pensar. Caballero, vuestra hermana puede entrar en San Dionisio cuando lo tenga á bien.

—Gracias, señora, gracias.

—En cuanto á vos.... quiero que me pidais algo.

—Pero, señora....

—He dicho que lo quiero!

Felipe vió bajarse hácia él la mano cubierta con guante de la princesa, y aquella mano permanecia colgando como si esperara: quizá solo espresaba la voluntad.

El jóven se arrodilló, cojió aquella mano, y lentamente, con el corazon lleno de vanidad, palpitando, aplicó á ella sus labios.

—Veamos qué es lo que pedís, dijo la delfina tan conmovida que no retiró la mano.

Felipe inclinó la cabeza, y una ola de amargos pensamientos le inundó como al náufrago en una tempestad.... durante unos cuantos segundos permaneció mudo é inmóvil, y levantándose despues des-

colorido y con los ojos apagados:

—Un pasaporte para dejar á Francia, dijo, el dia en que mi hermana entre en el convento de San Dionisio.

La delfina retrocedió como espantada, y luego, al ver aquel dolor que sin duda comprendió y de que quizá participaba, no se le ocurrió decir otra cosa que estas palabras intelijibles:

—Está bien!

Y desapareció en una calle de cipreses, únicos árboles que habian conservado intactas sus eternas hojas, adorno de los sepulcros.

CAPÍTULO XC.

El hijo sin padre.

Acercábase el dia de pena y afrenta, y á pesar de las visitas cada vez mas frecuentes del bondadoso doctor Luis, á pesar de los afectuosos cuidados y los consuelos de Felipe, Andrea se entristecia de hora en hora, como los sentenciados

á muerte á medida que va acercándose la hora postrera.

El infeliz hermano encontraba algunas veces á Andrea pensativa y temblando; sus ojos estaban enjutos, y pasaba dias enteros sin soltar una palabra. Luego se levantaba de pronto y daba dos ó tres vueltas con precipitacion por su aposento, procurando como Dido libertarse de sí misma, es decir, del dolor que la estaba matando.

Al fin llegó una tarde en que al verla mas pálida, inquieta y atacada de los nervios que de costumbre, Felipe envió á buscar al doctor para que fuese aquella misma noche.

Era el 29 de Noviembre, y Felipe habia tenido habilidad para que Andrea estuviese levantada hasta muy tarde, suscitando una conversacion triste y reservada acerca de lo mismo que temia la jóven, como teme el herido que pongan la mano en su herida con fuerza ó poca maña.

Estaban sentados á la lumbre, y al irse la criada á Versalles en busca del

médico se le habia olvidado cerrar las persianas, de suerte que el reflejo del velon, y aun el de la lumbre alumbraba suavemente la alfombra de nieve que los primeros frios del invierno habian estendido sobre la arena del jardin.

Felipe dejó que llegase el momento en que empezaba á tranquilizarse el ánimo de Andrea, y luego, sin andar con preámbulo:

—Querida hermana, dijo, has tomado al fin una resolucion?

—Acerca de qué? respondió Andrea exhalando un profundo suspiro.

—Acerca de.... tu hijo, hermana.

Andrea se estremeció.

—Se acerca el momento, siguió diciendo Felipe.

—Dios mio!

—Y no estrañaria que mañana....

—Mañana?

—Y tal vez hoy.

Andrea se puso tan pálida, que asustado Felipe la cojió la mano y se la besó.

La jóven se repuso al instante.

—Hermano, dijo, no usaré contigo esa

hipocresía con que se deshonran las almas vulgares. En mí se confunden las malas preocupaciones con las buenas; pero conozco lo que es malo solamente desde que desconfio de lo que es bueno. Asi, no me juzgues con mas severidad que á una loca, á no ser que prefieras tomar como cosa séria la filosofía que voy á bosquejarte, y que, te lo juro, es la espresion completa y única de mis sentimientos, á la par que un resúmen de mis sensaciones.

—Andrea, digas lo que digas y hagas lo que hagas, siempre serás para mí la mujer á quien mas quiero y respeto en el mundo.

—Gracias, hermano; me atrevo á decir que no soy indigna de lo que me prometes. Estoy en cinta, Felipe; pero Dios ha querido, ó á lo menos asi lo creo, añadió ruborizándose, que la maternidad sea en la criatura un estado análogo al de la fructificacion en la planta. El fruto no nace sino despues de la flor, y durante la florescencia se prepara, se trasforma la planta, siendo, segun creo, la espresada

florescencia lo mismo que el amor.

—Tienes razon, Andrea.

—Yo, prosiguió la jóven con viveza, yo no he conocido ni preparacion, ni mudanza; yo soy una anomalía; yo no he amado ni tenido deseos; mi espíritu y mi corazon están vírjenes, tan vírjenes como mi cuerpo.... Y sin embargo, en mí se vé un triste prodijio, enviándome Dios lo que no he deseado, aquello en que ni siquiera he soñado, y eso que Dios jamás da frutos al árbol que ha creado estéril... Dónde están para mí la aptitud, los instintos, los recursos siquiera?... La madre que sufre los dolores del parto, conoce y aprecia su suerte; pero yo nada sé, yo tiemblo si me pongo á pensar, yo me acerco á este momento supremo como si fuera al patíbulo.... Felipe, estoy maldecida!...

—Andrea, hermana mia!

—Felipe, prosiguió con inesplicable vehemencia, conozco que aborrezco á ese niño.... Oh! sí, lo aborrezco; toda mi vida me acordaré, si es que vivo, Felipe, del dia en que por primera vez despertó en

mi seno el mortal enemigo que llevo en mis entrañas; todavia me estremezco cuando me acuerdo que ese movimiento, tan dulce para una madre, de esa inocente criatura, encendió en mi sangre una fiebre de rabia, é hizo que blasfemaran mis labios, tan puros hasta entonces. Felipe, ¡soy una mala madre y estoy maldecida!

—Andrea, tranquilizate por el amor de Dios.... No dejes que se estravíe ni tu corazon ni tu entendimiento. Ese hijo es tu vida y la sangre de tus entrañas, y yo le quiero porque es cosa tuya.

—Le quieres! esclamó furiosa y amoratada; y te atreves á decirme que quieres mi deshonra y la tuya! Te atreves á manifestarme que amas lo que recuerda un delito, lo que representa al infame delincuente!... Pues bien, Felipe, ya te he dicho que ni soy hipócrita ni vil: aborrezco á ese hijo porque no es mio ni yo lo he llamado! Lo aborrezco porque quizá se parecerá á su padre!... Su padre! Oh! Un dia me muero al tiempo de pronunciar esta palabra terrible! ¡Dios mio, dijo

arrodillándose sobre el pavimento, no puedo matar á ese niño porque vos le habeis dado animacion; tampoco he podido matarme á mí misma mientras le llevaba en mi seno, porque habeis proscrito el suicidio lo mismo que el asesinato; pero os ruego, os suplico, os conjuro, si sois justo, Dios mio, si os cuidais de las miserias de este mundo y no habeis decretado que me muera de desesperacion despues que he vivido en el oprobio y entre lágrimas, á que os lleveis ese niño! Dios mio, quitadle la vida! Dios mio, libertadme de él y vengadme!

Su cólera, su uncion sublime asustaban; y á pesar de los esfuerzos que hacia Felipe por contenerla estrechándola entre sus brazos, golpeábase la frente contra las jambas de mármol.

De pronto se abrió la puerta y entró la criada acompañando al doctor, quien desde la primera ojeada adivinó toda la escena.

—Señora, dijo con esa calma propia de los médicos que impone siempre á unos sujecion y á otros obediencia; se-

ñora, no exajereis en vuestra imajinacion los dolores que vais á pasar.

Luego, dirijiéndose á la criada:

—Disponed, le dijo, todo lo que os he encargado por el camino.

En seguida se volvió hácia Felipe:

—Tened vos mas juicio que esta señora, y en vez de participar de sus temores ó debilidades, unid vuestros ruegos á los mios.

Andrea se levantó casi abochornada, y Felipe la sentó en un sillon.

Entonces se vió á la enferma ruborizarse y caer de espaldas con una contraccion dolorosa; sus crispadas manos se agarraron á los brazos del sillon, y de sus amoratados labios salió el primer quejido.

—Ese dolor, esa caida, esa furia, han anticipado la crísis, dijo el doctor. Retiraos á vuestro cuarto, Sr. de Taverney, y valor.

Felipe, con el corazon oprimido, se precipitó hácia Andrea, quien habia oido, estaba temblando, y levantandose, á pesar del dolor, enlazó sus brazos al cuello de su hermano.

Estrechóle con enerjía, aplicó sus labios á la fria mejilla del jóven, y le dijo en voz baja:

—Adios!... adios!... adios!...

—¡Doctor, doctor, esclamó Felipe desesperado, oís!

El médico separó á los dos desventurados con fuerza, pero con dulzura; volvió á colocar á Andrea en el sillon, llevó á Felipe á su aposento, corriendo los cerrojos de la habitacion de Andrea, y cerrando puertas, echando las cortinas, sepultó en aquel cuarto toda la escena que iba á pasar entre el médico de la delfina, una jóven y Dios.

A las tres de la madrugada abrió el doctor la puerta, detras de la que lloraba y suplicaba Felipe.

—Vuestra hermana ha dado á luz un niño, dijo.

Felipe juntó las manos.

—No entreis, dijo el médico, pues está durmiendo.

—Durmiendo?... Oh! ¿es cierto que duerme, doctor?

—Si no fuese asi, caballero, os diria:

«vuestra hermana ha dado á luz un niño; pero este niño ha perdido á su madre....» Por otra parte, mirad.

Felipe alargó la cabeza.

—Escuchad su respiracion.

—Oh! sí, sí, murmuró Felipe abrazando al médico.

—Ahora ya sabeis que hemos ajustado una nodriza. Al pasar por la Punta del Dia, que es donde vive esa mujer, le avisé para que estuviera dispuesta.... Pero nadie mas que vos debe traerla aquí, ni es preciso que vea á otra persona alguna.... Aprovechaos, pues, del sueño de la enferma, y marchad en el carruaje que he traido.

—Pero y vos, doctor?

—Tengo en la plaza real un enfermo casi desahuciado, y que padece una pleuresia.... Quiero acabar la noche á la cabecera de su cama, á fin de presenciar el uso de los remedios y su resultado.

—Cuidado con el frio, doctor.

—Traigo capa.

—Es que no es muy seguro andar por la ciudad....

—Veinte veces, en el espacio de otros tantos años, me han detenido de noche, y siempre he respondido: «mi amigo, soy médico, y voy á casa de un enfermo.... Si quereis mi capa, tomadla, pero no me mateis, pues á no ser por mí se moriria mi enfermo.» Ahora debo añadir, caballero, que hace veinte años que me está sirviendo esta capa, lo cual quiere decir que siempre me la han dejado los ladrones.

—Y mañana, doctor?

—A las ocho estaré aqui. Adios.

El médico mandó á la criada lo que tenia que hacer, encargándole se apartase poco del lado de la enferma, pues queria colocar al hijo cerca de la madre; pero acordándose Felipe de lo que últimamente le habia manifestado su hermana, le suplicó lo alejase.

—El doctor Luis instaló al niño en el cuarto de la criada, y despues se escabulló por la calle de Montorgueil, mientras el fiacre llevaba á Felipe hácia la parte de Roule.

La criada se durmió en el sillon junto á su ama.

CAPÍTULO XCI.

El rapto.

En los intérvalos del sueño reparador que sigue á las grandes fatigas, parece que el espíritu ha conquistado doble poder, esto es, la facultad de apreciar el bienestar de la situacion y velar por el cuerpo, cuya postracion es semejante á la muerte.

Andrea, asi que recobró el sentimiento de la vida, abrió los ojos y vió á su lado á la criada, la cual dormia. En seguida oyó el alegre chisporroteo de la lumbre, y se admiró del profundísimo silencio que reinaba en la habitacion, donde todo descansaba lo mismo que ella....

Aquella intelijencia no nacia de que estuviese enteramente despierta, ni tampoco provenia del sueño; y Andrea tenia gusto en prolongar aquel estado de indecision y suave somnolencia, dejando que las ideas fuesen renaciendo una tras otra

en su fatigado cerebro, como si temiera la repentina invasion de todo su conocimiento.

De pronto llegó á su oido, á través del tabique de madera, un vajido lejano y apenas perceptible.

Aquel ruido hizo que Andrea volviese á sentir los estremecimientos que tanto le habian hecho ya sufrir, y el rencoroso impulso que de algunos meses á aquella parte turbaba su inocencia y bondad, como se enturbia con el choque una bebida en el vaso en que reposa la hez.

Desde aquel momento se acabó para Andrea el sueño y reposo, pues se acordaba y aborrecia.

Pero como la fuerza de las sensaciones guarda proporcion por lo regular con las fuerzas corpóreas, Andrea no sintió el vigor que manifestó aquella noche en la escena que tuvo con Felipe.

El grito del niño le causó al principio dolor y despues cierta mortificacion, ocurriéndosele si al alejar Felipe aquel niño con su acostumbrada delicadeza, habria sido ejecutor de una voluntad algo cruel.

Nunca repugna tanto el mal que se desea á una criatura como el espectáculo de este mismo mal; de suerte que á pesar de que Andrea aborrecia á aquel niño invisible, á aquel idealismo, y deseaba que se muriese, sintió oir gritar al desventurado.

—Quizá padece, pensó allá para sí.

Pero al instante se respondió á sí misma:

—Y por qué me he de interesar por sufrimientos de nadie, cuando yo soy la criatura mas desgraciada del universo?

El niño lanzó otro grito mas articulado y lastimero, y entonces conoció Andrea que aquella voz despertaba al parecer en ella otra voz inquieta; entonces sintió atraido su corazon por un lazo invisible hácia el ser abandonado que jemia de aquel modo.

Realizóse lo que habia presentido la jóven; la naturaleza llevó á cabo una de sus preparaciones, y el dolor físico, ese poderoso atractivo soldó el corazon de la madre con el mas mínimo movimiento de su hijo.

—Es preciso, pensó Andrea, que ese pobre huérfano que está gritando en este momento no grite venganza contra mí al cielo. Dios ha dado á esas criaturas, apenas salidas á luz, una voz muy elocuente!.. Puede una matarlas, es decir, libertarlas de que sufran, pero no tiene derecho para imponerles un tormento.... Si lo tuviera, no les habria permitido Dios que se quejen asi.

Andrea levantó la cabeza y quiso llamar á su criada; pero su débil voz no pudo despertar á la robusta aldeana; ademas de que el niño habia cesado de jemir.

—Sin duda, pensó Andrea, ha llegado la nodriza, pues oigo la puerta principal!.. Sí, alguien anda en la habitacion inmediata, y la criatura no se queja... es que ya se estiende sobre ella una proteccion estraña, y tranquiliza su informe inteligencia. Oh! Sin duda es la madre que cuida del niño por unos cuantos escudos!.. Sí, el hijo salido de mis entrañas hallará una madre; y mas tarde, cuando pase junto á mí, que tanto he sufrido, y que le

he dado vida á costa de la mia, ese niño no me mirará y llamará madre á una mujer mercenaria mas jenerosa con su interesado amor que yo con mi justo resentimiento! Esto no será asi.... he sufrido, he comprado el derecho de mirar á esa criatura á la cara, y lo tengo para obligarla á que me quiera por los cuidados que le prodigue, y á que me respete por mi sacrificio y mis dolores!

Y haciendo un movimiento mas pronunciado, reunió sus fuerzas y se puso á llamar.

—Margarita! Margarita!

La criada despertó con pesadez y sin moverse de su sillon, en que la tenia clavada un entorpecimiento casi letárjico.

—No me oyes? dijo Andrea.

—Sí, señora, sí! dijo Margarita, que acababa de comprender. Y se acercó á ella.

—Quereis beber, señora?

—No....

—Deseais acaso saber qué hora es?

—No, no....

Y no separaba la vista de la puerta del aposento inmediato.

—Ah! ya entiendo; quereis saber si ha vuelto el señorito?

Veíase á Andrea luchar contra su deseo con toda la debilidad de un alma orgullosa y toda la enerjía de un corazon ardiente y jeneroso.

—Quiero.... articuló al fin, quiero.... Abre esa puerta, Margarita.

—Bien, señora.... Ah! qué frio hace ahí fuera!... Qué viento, señora, qué viento!

Efectivamente, el viento penetró hasta el dormitorio de Andrea, azotando la llama de las bujías y de la lamparilla.

—La nodriza habrá dejado abierta alguna puerta ó ventana.... Margarita, ese niño debe tener frio....

La criada se dirijió hácia el cuarto inmediato.

—Voy á taparle, señora, dijo.

—No.... no! murmuró Andrea con voz breve y entrecortada; tráemelo.

Margarita se paró en medio del cuarto.

—Señora, dijo con dulzura, el señorito Felipe encargó mucho que dejase allí al niño.... por temor sin duda de in-

comodaros ó causaros alguna emocion.

—Tráeme á mi hijo! esclamó la madre con una esplosion que debió destrozar su corazon, pues de sus ojos, que habian permanecido enjutos aun en medio de sus sufrimientos, se desprendieron dos lágrimas, á cuya vista debieron sonreirse allá en el cielo los ánjeles que protejen á los niños.

Margarita penetró en el aposento, y Andrea, reclinada como estaba sobre las almohadas, se tapó el rostro con las manos.

La criada volvió al instante asombrada.

—Qué hay? dijo Andrea.

—Señora, alguien ha venido.

—Cómo alguien?

—Señora, el niño no está ahí....

—Efectivamente, dijo Andrea, hace poco que oí ruido y como pasos.... Habrá venido el ama mientras tú dormias y no habrá querido despertarte.... Pero y mi hermano! dónde está? Mira en su cuarto.

Margarita corrió al aposento de Felipe; pero no encontró á nadie....

—Es estraño, dijo Andrea palpitándole el corazon, que mi hermano haya

vuelto á salir sin verme!

—Ah! señora; esclamó de pronto la criada.

—Qué hay?

—Acaba de abrirse la puerta de la calle!

—Mira quién es.

—El señorito Felipe.... Entrad, señorito, entrad!

Efectivamente, el que llegaba era Felipe, y detras iba una aldeana envuelta en un tosco manton de lana rayada, mostrando esa sonrisa benévola con que las personas asalariadas saludan á sus nuevos amos.

—Hermana, hermana, ya estoy aquí, dijo Felipe entrando en el cuarto.

—Hermano mio!... Cuántas fatigas, cuántas penas te estoy causando! Ah! Conque esa es el ama?... Temia se hubiese ido....

—Ido?... pues si llega ahora.

—Querrás decir que vuelve.... Sí, aunque andaba muy despacio, la oí hace poco.

—No sé lo que quieres decir, hermana, pues nadie....

—Oh, te doy las gracias, Felipe, dijo Andrea atrayéndole á sí y recalcando sus palabras; te doy las gracias por lo bien que auguraste de mí, cuando no has querido llevarte á ese niño sin que yo lo vea.... y le estreche en mis brazos!... Felipe, conocias muy bien mi corazon.... Sí, sí, no tengas cuidado que amaré á mi hijo.

Felipe le cojió la mano y se la llenó de besos.

—Dí al ama que me lo dé, añadió la madre.

—Pero, señorito, dijo la criada, ya sabeis que el niño no está ahí.

—Cómo! Qué es lo que dices? replicó Felipe.

Andrea miró á su hermano con ojos estraviados.

El jóven corrió hácia la cama de la criada, buscó en ella, y no encontrando nada, lanzó un grito terrible.

Andrea seguia sus movimientos en el espejo, y al verle volver pálido y con los brazos inertes comprendió la verdad en parte; entonces, respondiendo con un

suspiro, como si fuera un eco, al grito de su hermano, se dejó caer sin conocimiento sobre la almohada. Felipe no esperaba, ni aquella nueva desgracia, ni aquel dolor inmenso; pero reuniendo toda su energía consiguió volver á Andrea á la vida á fuerza de caricias, consuelos y lágrimas.

—Mi hijo! murmuraba Andrea, mi hijo!

—Salvemos á la madre, dijo Felipe allá para sí. Hermana, mi buena hermana, no parece sino que todos estamos locos cuando se nos ha olvidado que el doctor se llevó consigo al niño.

—El doctor! esclamó Andrea con el sufrimiento de la duda y la alegria que infunde la esperanza.

—Sí, si.... Ah! Aqui pierde uno la chaveta.

—Felipe, me juras?

—Querida hermana, tú tienes tan poco juicio como yo.... ¿Cómo quieres que ese niño.... haya podido desaparecer?

Y mostró una sonrisa finjida que ganó á la nodriza y á la criada.

Andrea se reanimó.

—Sin embargo, dijo, yo he oido....

—Qué?

—Pasos.

Felipe se estremeció.

—Imposible, pues estabas dormida.

—No, no, que estaba bien despierta: te digo que he oido pasos!

—Pues bien, has oido á ese bondadoso doctor que habrá vuelto por el niño asi que yo me fuí, temeroso por su salud.... Ademas, me habia hablado de ello.

—Me tranquilizas.

—Y por qué no habias de tranquilizarte siendo una cosa tan sencilla?

—Y entonces, objetó la nodriza, qué es lo que yo hago aquí?

—Teneis razon.... El doctor os aguarda en vuestra casa.

—Oh!

—Pues entonces en la suya. Esta Margarita dormia tan profundamente, que nada habrá oido de lo que decia el médico.... ó este no habrá querido decirle nada.

Andrea cayó en un estado mas tran-

quilo despues de aquella sacudida terrible.

Felipe despidió á la nodriza y despachó á la criada.

Luego cojió un velon, examinó cuidadosamente la puerta inmediata, encontró abierta una puerta que daba al patio, vió huellas en la nieve y fue siguiendo el rastro hasta la puerta del jardin, que era á donde aquellas iban á parar.

—Son pasos de hombre! esclamó: oh! Qué desgracia! Han robado al niño!

CAPÍTULO XCII.

La aldea de Haramont.

Aquellas pisadas impresas en la nieve eran de Jilberto, quien desde la última entrevista que tuvo con Bálsamo empezó á realizar su tarea de vijilancia, disponiendo lo necesario para vengarse.

Nada le costó esto, pues á fuerza de palabras dulces y complacencias de poca monta consiguió no solo que le admitiese, sino que le tomara cariño la mujer de

Rousseau. El medio de que se valió es muy sencillo: de los treinta sueldos diarios que Rousseau pagaba á su copista, el sobrio Jilberto tomaba una libra tres veces á la semana, y la empleaba en la compra de algun regalillo para Teresa.

Unas veces era una cinta para sus papalinas, otras una golosina, y de vez en cuando una botella de vino ó de licor, aunque es verdad que la buena señora, sensible á todo lo que halagaba sus inclinaciones ó su orgullo, se habria contentado en caso necesario con las esclamaciones que soltaba Jilberto en la mesa para elojiar el talento culinario del ama de casa.

Esto quiere decir que el filósofo jinebrino habia lógrado que su señora permitiese se sentara á la mesa su jóven protejido, y gracias á esto Jilberto reunió en los dos últimos meses dos luises, que agregó á su tesoro, el cual dormia debajo de su jergon al lado de las veinte mil libras que le dió Bálsamo.

—Pero qué existencia la suya! ¡Qué constancia de conducta! Qué voluntad tan

sostenida! Levantábase al ser de dia y empezaba á examinar con su infalible vista la situacion de Andrea, para reconocer hasta el menor cambio que pudiera haberse introducido en la existencia tan melancólica como regular de la reclusa.

Entonces nada se escapaba á sus ojos; ni la arena del jardin, sobre la cual medía su penetrante vista las pisadas de Andrea, ni el doblez de las cortinas mas ó menos herméticamente cerradas, siendo para Jilberto un indicio seguro del mal humor de su querida el que estuviesen entreabiertas, pues habia para Andrea dias de marasmo en que ni siquiera queria ver la claridad del cielo.... De este modo sabia Jilberto lo que pasaba en el alma y lo que sucedia en la casa.

Tambien habia encontrado medio para interpretar todos los pasos de Felipe, y como sabia calcular perfectamente, no se equivocaba acerca de la intencion cuando se iba, y del resultado cuando volvia.

Llevó la minuciosidad hasta seguir á Felipe una tarde que fue á Versalles á buscar al doctor Luis ... Aquella visita

al espresado sitio turbó un poco las ideas del vijilante jóven; pero cuando vió, al cabo de dos dias, que el doctor penetraba furtivamente en el jardin por la calle de Coq-Heron, comprendió lo que la antevíspera fué para él un misterio.

Jilberto sabia las fechas y no ignoraba se acercaba el momento de realizar todas sus esperanzas, habiendo tomado tantas precauciones como se necesitan para asegurar el buen éxito de una empresa erizada de dificultades. Hé aquí cómo combinó su plan.

Los dos luises le sirvieron para alquilar en el barrio de S. Dionisio un cabriolé con dos caballos, carruaje que debia estar á su disposicion el dia que lo pidiese.

Jilberto esploró ademas las cercanias de París, para lo cual se tomó tres ó cuatro dias de licencia, y durante esos tres ó cuatro dias se trasladó á una aldea de Soissones, situada á diez y ocho leguas de Paris y rodeada de una inmensa selva.

Aquella corta poblacion llamábase Villers-Cotterets, y asi que llegó á ella dirijióse en derechura á casa del único fiel

de fechos que habia allí y que se llamaba Mr. Niquet.

Jilberto se presentó al susodicho escribano diciendo era hijo del administrador de un grande, y que este grande queria hacer bien al hijo de una aldeana, por lo cual habia encargado á Jilberto buscase una ama que criase al indicado niño.

Segun todas las probabilidades, la munificencia del grande no debia limitarse á pagar su sal rio al ama, sino que ademas pondria en manos de Mr. Niquet cierta cantidad para el niño.

Entonces el escribano cartulario, que tenia tres guapos chicos, le indicó en una aldehuela llamada Haramont y situada á una legua de Villers-Cotterets la hija de la nodriza de sus hijos, quien despues de haberse casado lejítimamente en su estudio, seguia el mismo oficio que su señora madre.

Aquella escelente mujer se llamaba Magdalena Pitou, tenia un hijo de cuatro años, el cual presentaba todos los síntomas de una buena salud, y ademas aca-

baba de volver á parir, de suerte que podia estar á disposicion de Jilberto el dia en que tuviese á bien llevar ó enviar su cria.

Tomadas estas disposiciones Jilberto, siempre exacto volvió á París dos horas despues de habérsele acabado la licencia, no teniendo nada de particular que ya que está de vuelta nos pregunten los lectores por qué escojió Jilberto, con preferencia á cualquier otro paraje, la aldea de Villers-Cotterets.

En esta circunferencia, lo mismo que en muchas otras, sufrió Jilberto el influjo de Rousseau.

Este nombró un dia el bosque de Villers-Cotterets como uno de los mas ricos en vejetacion que existian, diciendo que en él habia tres ó cuatro aldeas escondidas como nidos en lo mas profundo de la espesura.

Ahora bien, era imposible fuesen á descubrir el hijo de Jilberto en una de aquellas aldeas.

Haramont, sobre todo, habia llamado tanto la atencion á Rousseau, que el mi-

sántropo, el solitario, el eremita jinebrino estaba repitiendo á cada instante:

—Haramont es el fin del mundo; Haramont es un desierto, donde se puede vivir y morir como un pájaro sobre las ramas mientras tenga vida, y bajo el follaje cuando muera.

Tambien oyó contar Jilberto al filósofo los pormenores de las costumbres de los habitantes de las cabañas, y trasladar con esos rasgos de fuego con que animaba á la naturaleza desde la sonrisa del ama de cria hasta el balido de la cabra, desde el apetitoso olor de la tosca sopa de ajos, hasta los perfumes de las moreras silvestres y los morados brezos.

—Iré allá, dijo Jilberto, y mi hijo crecerá bajo las arboledas en que el maestro ha tenido deseos y exhalado suspiros.

Para Jilberto era una regla invariable cualquier antojo, sobre todo cuando este antojo se presentaba con apariencias de necesidades morales.

Grande fué, pues, su júbilo cuando anticipándose á sus deseos Mr. Niquet le nombró á Haramont como una aldea que

convenia perfectamente á sus intenciones.

De regreso á París se ocupó Jilberto del cabriolé.

Este no era nada bonito, pero sí fuerte, que era cuanto necesitaba: los caballos eran unos jacuchos no muy fornidos, y el conductor un mozo de cuadra bastante zopenco; pero lo que importaba á Jilberto era lograr su fin, y sobre todo no escitar la curiosidad.

Por otra parte, su fábula no causó la menor desconfianza á Mr. Niquet, pues tenia bastante buen semblante con su vestido nuevo para parecerse al hijo del administrador de un grande, ó un ayuda de cámara disfrazado de algun duque ó par.

Su proposicion tampoco inspiró sospechas al conductor del carruaje, pues era el tiempo de las confidencias entre la jente del pueblo y los nobles, y se recibia el dinero con cierta gratitud y sin tomar informes.

Ademas, dos luises valian por cuatro en aquella época, y en nuestros dias nunca viene mal ganar cuatro luises.

El conductor se comprometió, pues, con tal que le avisasen con dos horas de anticipacion, á poner su carruaje á disposicion de Jilberto.

Aquella empresa tenia para este jóven todo el atractivo que la imajinacion de los poetas y la de los filósofos, hadas las dos de muy distinto modo vestidas, prestan á las cosas bonitas y á las buenas resoluciones. Arrebatar el hijo á una madre cruel; es decir, sembrar la afrenta y el luto en el campo enemigo; luego, variando de aspecto, entrar en una cabaña, en casa de virtuosos aldeanos como los que pinta Rousseau, y depositar en la cuna de un niño una gran cantidad; ser mirado como un Dios tutelar por aquella pobre jente y pasar por un personaje: hé aquí mas de lo necesario para satisfacer el orgullo, el resentimiento, el amor al prójimo y el odio á los enemigos.

Al fin llegó el dia fatal, despues de otros diez dias que Jilberto pasó entre angustias, y diez noches que estuvo sin dormir. A pesar del rigor del frio se acostaba con la ventana abierta, y cada mo-

vimiento que hacía Andrea ó Felipe, correspondia con su oido como corresponde la campanilla con la mano que tira del cordon.

Aquel dia vió á Felipe y Andrea hablando junto á la chimenea, y á la criada salir precipitadamente para Versalles, olvidándosele cerrar las persianas. Al instante corrió á avisar á su cochero, y permaneció delante de la cuadra todo el tiempo que duró la operacion de enganchar, mordiéndose los puños y crispando sus pies sobre el empedrado para comprimir su impaciencia. Al fin montó á caballo el postillon, y Jilberto subió al cabriolé, al cual mandó parar en la esquina de una callejuela desierta, situada en las inmediaciones de la Alhóndiga.

Despues volvió á casa de Rousseau y escribió una carta de despedida al bondadoso filósofo, dando las gracias á Teresa, diciendo que una corta herencia le llamaba al Mediodia; pero que volveria, aunque sin hacer indicaciones terminantes. Luego, con su dinero en el bolsillo y un puñal en el seno, iba á escurrirse

á lo largo del canalon, cuando lo detuvo una idea.

La nieve!... Absorto Jilberto hacía tres dias, no habia pensado en esto; pero entonces se le ocurrió que sus pisadas quedarian impresas en la nieve, y como estas pisadas irian á parar á la pared de la casa de Rousseau, sin duda mandarian hacer pesquisas Felipe y Andrea, descubriéndose todo aquel secreto por la coincidencia del rapto con la desaparicion de Jilberto.

Era, pues, absolutamente necesario dar la vuelta por la calle de Coq-Heron y entrar por la portezuela del jardin, para lo cual hacia un mes que Jilberto se habia provisto de una llave maestra, siendo de advertir que desde aquella puerta arrancaba una senda empedrada, de suerte que no podia quedar rastro alguno de pisadas.

Sin pérdida de momento emprendió su caminata, llegando precisamente en el momento en que el fiacre que habia llevado al doctor estaba parado delante de la entrada principal del palacio.

Jilberto abrió la puerta con precaucion, y no viendo á nadie fue á esconderse en el ángulo del pabellon, cerca del invernáculo.

Terrible fue aquella noche, pues todo lo oyó; los jemidos y los gritos que arrancaban á la madre sus dolores, y los primeros vajidos del hijo que esta acababa de darle.

Sin embargo, apoyado en las desnudas piedras, recibió sin sentirla toda la espesa y dura nieve que caia del cielo; palpitábale el corazon bajo el mango de aquel cuchillo que apretaba desesperado contra su pecho, y sus ojos, de un color sanguinolento, despedian llamas.

Al fin salió el doctor, despues de hablar con Felipe unas cuantas palabras.

Entonces se acercó Jilberto á la persiana, dejando señaladas sus huellas en la alfombra de nieve, en la cual se hundia hasta el tobillo. Vió á Andrea dormida en su lecho, á Margarita aletargada en el sillon, y buscando al hijo junto á la madre no lo encontró.

Al instante comprendió en qué con-

sistia; se dirijió hácia la puerta de la gradería de piedra, la abrió no sin hacer ruido, lo cual le llenó de espanto, y penetrando hasta la cama que fue de Nicolasa, puso á tientas sus helados dedos sobre el rostro del pobre niño, á quien arrancó el dolor los gritos que oyó Andrea.

Luego, envolviendo al recien nacido en una mantilla de lana, se lo llevó consigo, dejando la puerta entornada para no volver á hacer aquel ruido tan peligroso.

Un minuto despues dejaba el jardin y salia á la calle, yendo en busca de su cabriolé. Sacudió al postillon, que dormia envuelto en su capote, y corriendo la cortina de cuero, mientras que el conductor volvia á montar á caballo.

—Medio luis para tí, le dijo, si de aquí á un cuarto de hora hemos pasado la barrera.

Los caballos, que estaban perfectamente herrados, salieron á galope.

CAPÍTULO XCIII.

La familia de Pitou.

Durante el camino todo asustaba á Jilberto, figurándose que el ruido de los carruajes que seguian ó dejaban atras al suyo, y los suspiros del viento entre las secas ramas de los árboles eran una persecucion organizada, ó gritos exalados por aquellos á quienes habia arrebatado el niño.

Sin embargo, nada le amenazaba, y el postillon cumplió perfectamente con su deber, llegando los dos caballos, que despedian humo por todas partes, á Dammartin, á la hora que Jilberto habia fijado, es decir, antes que clareara el dia.

Jilberto dió su medio luis, mudó de postillon y caballos, y continuó su viaje.

Durante toda la primera parte del camino, el niño, perfectamente abrigado con la mantilla de lana y garantido por Jilberto mismo, no sintió frio ni lanzó un grito siquiera; y asi que apareció el dia,

al ver á lo lejos la campiña, Jilberto se mostró mas animado, entonando, para dominar los quejidos que el niño empezaba á soltar, una de las canciones que cantaba en Taverney al volver de sus cacerias.

El crujido del eje, el rechinamiento de las sopandas, el ruido del carruaje y las campanillas de los caballos sirviéronle de acompañamiento, acompañamiento diabólico, cuya intensidad aumentó tambien el postillon, mezclando al estrivillo de la cancion de Jilberto las estrepitosas notas de una borbonesa un si es no es sediciosa.

De aquí resultó que este último conductor no sospechó siquiera que Jilberto llevaba consigo un niño en el cabriolé. Delante de Villers-Cotterets recibió, segun habian convenido, el precio del viaje y ademas un escudo de seis libras, y cojiendo Jilberto su carga cuidadosamente envuelta en los dobleces de la manta, volvió á entonar su cancion con la mayor seriedad posible, se alejó de repente, saltó un barranco y desapareció por una senda atestada de hojas que bajaba, dando vuel-

tas, á la izquierda del camino hácia la aldea de Haramont.

El tiempo habia variado, aunque sin dejar de ser frio; hacia algunas horas quo no nevaba, y presentábase á la vista un terreno firme, erizado de matorrales cubiertos de espinas. Sobre ellos destacábanse, sin ojas y mustios, los árboles de la selva, por entre cuyas ramas se veia brillar el pálido azulado de un cielo nebuloso todavia.

El aire tan penetrante, el perfume de la esencia de los robles, las heladas perlas suspendidas en las puntas de las ramas, toda aquella libertad, toda aquella poesia hirieron vivamente la imajinacion de nuestro jóven.

Dirijióse con paso rápido y orgulloso hácia una pequeña torrontera sin tropezar ni equivocarse, pues buscaba con la vista en medio de los árboles el campanario de la aldea y el humo azulado de las chimeneas que penetraba por entre la red que formaban las ramas. Al cabo de media hora corta atravesó un arroyo, cuyas orillas estaban cubiertas de yedra y

berro amarillo, y pidió en la primera cabaña á los hijos de un labrador, que le condujesen á casa de Magdalena Pitou.

Mudos y atentos, sin mostrar ese aire atontado ni permanecer inmóviles como sucede á otros chicos del campo, levantáronse, y mirando cara á cara al forastero, le condujeron ambos cojidos de la mano á una cabaña bastante grande y de no mal aspecto, situada en la márjen del arroyo que costeaba la mayor parte de las casas de la aldea.

Aquel arroyo arrastraba en sus cristalinas aguas la que se desprendia de la nieve, la cual ya iba derritiéndose, y un puente de madera, es decir, una gruesa tabla unia el camino con los escalones de tierra que conducian á la casa.

Uno de los muchachos que le habian servido de guia, mostró con la cabeza á Jilberto que allí vivia Magdalena Pitou.

—Allí? repitió Jilberto.

El jóven bajó la cabeza sin articular una palabra.

—Pregunto por Magdalena Pitou? dijo Jilberto al chico.

Y como este reiterase su muda afirmativa, Jilberto pasó el puentecillo y fué á empujar la puerta de la cabaña, mientras los jóvenes, que habian vuelto á cojerse de la mano, miraban con todas sus fuerzas lo que iba á hacer en casa de Magdalena aquel señor con traje morado y zapatos de hebillas.

Por lo demas, no habia divisado aun en la aldea otras criaturas que aquellos chicos, de suerte que Haramont era el desierto tan deseado.

Asi que se abrió la puerta ofrecióse á la vista de Jilberto un espectáculo lleno de encanto para todo el mundo en jeneral y para un aprendiz de filósofo en particular.

Una robusta aldeana daba de mamar á un bonito niño que tendria algunos meses, mientras arrodillado delante de ella otro muchacho de cuatro ó cinco años, rezaba en alta voz.

En un rincon de la chimenea, junto á una ventana, ó mas bien un agujero abierto en la pared y cerrado con un vidrio, estaba hilando lino otra aldeana de

treinta y cinco á treinta y seis años, con su torno á la derecha, un taburete de palo á sus pies, y un perro de aguas sobre el espresado taburete.

Cuando el perro vió á Jilberto se puso á ladrar de un modo bastante hospitalario y atento, justamente lo necesario para manifestar su vijilancia. El niño que estaba rezando se volvió interrumpiendo el Padre Nuestro, y las dos mujeres soltaron una especie de esclamacion, que espresaba sorpresa al mismo tiempo que alegria.

Jilberto empezó por mostrar una sonrisa al ama.

—Buenos dias, Sra. Magdalena, dijo.

La aldeana dió un brinco.

—Conque sabeis mi nombre, señor?

—Ya lo veis; pero os ruego que no suspendais vuestros quehaceres. Efectivamente, en vez de un niño que criar, vais á tener dos.

Y puso en la tosca cuna del niño del campo el niño de la ciudad que llevaba consigo.

—Oh! Qué bonito es! dijo la aldeana del torno.

—Sí, hermana Anjélica, es muy bonito, dijo Magdalena.

—La señora es hermana vuestra? preguntó Jilberto designando á la hilandera.

—Mi hermana, sí señor, contestó Magdalena, pues lo es de mi hombre.

—Sí, mi tia, mi tia Jélica, murmuró con una voz de bajo el monigote que fue á mezclarse en la conversacion sin que nadie lo llamara.

—Calla, anjelito, calla, dijo la madre, y no interrumpas al señor.

—Lo que tengo que proponeros es muy sencillo, señora Magdalena. El niño que veis aqui es hijo de un arrendatario de mi amo... de un arrendatario arruinado.... y mi amo, que es padrino de ese niño, quiere que se crie en el campo y que llegue á ser un buen labrador... con buena salud y escelentes costumbres.... Quereis encargaros de él?

—Pero señor....

—Ha nacido esta noche y aun no ha mamado, dijo Jilberto interrumpiéndole. Por otra parte, este es el niño de que ha debido hablaros Mr. Niquet, escribano

de Villers-Cotterets.

Magdalena cojió al instante al niño y le dió el pecho con una impetuosidad jenerosa que enterneció profundamente á Jilberto.

—No me habian engañado, dijo: ya veo que sois una escelente mujer. Os confio, pues, este niño en nombre de mi amo: conozco que aquí será feliz, y quiero que traiga á esta cabaña la dicha, en cambio de la que en ella encuentre. Cuánto os daba al mes Mr. Niquet por criar sus hijos?

—Doce libras, señor; pero Mr. Niquet es rico y añadia, ya en esta cosa ya en la otra, algunas libras para comprarles golosinas.

—Señora Magdalena, dijo Jilberto con orgullo, el niño que veis aqui os pagará veinte libras al mes, ó lo que es lo mismo, doscientas cuarenta por año.

—Jesus María! esclamó Magdalena; gracias, señor.

—Hé aquí el primer año, dijo Jilberto estendiendo sobre la mesa diez hermosos luises, que hicieron abrir tanto ojo á las

dos mujeres, y hácia los cuales alargó su devastadora mano el chico de Pitou.

—Pero y si el niño se muriese? objetó el ama de cria con timidez.

—Sería una gran desgracia, una desgracia que no acontecerá, dijo Jilberto. Ya está arreglado lo de los meses; ¿estais contenta?

—Oh! Sí señor.

—Entonces pasemos al pago de una pension respecto á los demas años.

—Pues qué, se quedará con nosotros el niño?

—Probablemente.

—En ese caso, señor, seremos nosotros sus padres?

Jilberto se puso pálido.

—Sí, dijo con voz ahogada.

—¿Conque este pobre niño no tiene á nadie, señor?

Jilberto no esperaba aquella emocion ni aquellas preguntas; pero se repuso sin embargo.

—No os lo he dicho todo, añadió: su padre ha muerto de pena.

Las bondadosas mujeres juntaron las

manos con espresion.

—Y la madre? preguntó Anjélica.

—Oh! La madre.... La madre, contestó Jilberto respirando con dificultad.... Nacido ó por nacer, nunca debia contar con ella su hijo.

Aqui llegaban de su conversacion cuando volvió del campo Pitou, tranquilo y alegre. Por lo demas, era uno de esos hombres honrados y bonachones, atestados de dulzura y de salud, como los que ha pintado Greuze en sus buenos cuadros.

Unas cuantas palabras le pusieron al corriente; ademas de que comprendia las cosas por amor propio; pero sobre todo las que no entendia.

Jilberto esplicó que la pension del niño debia pagarse hasta que fuese hombre capaz de vivir por sí solo con el auxilio de su razon y sus brazos.

—Corriente, dijo Pitou; creo que llegaremos á querer á este niño, porque es muy bonito.

—Tambien él! dijeron Anjélica y Magdalena; lo mismo hemos dicho nosotras.

—Venid, pues, conmigo á casa de Mr. Niquet, y depositaré allí el dinero necesario, á fin de que esteis contentos y el niño pueda ser feliz.

—Ahora mismo, señor, respondió Pitou.

Y se levantó.

Entonces se despidió Jilberto de aquellas buenas mujeres y se acercó á la cuna, en la que ya habian colocado al recien nacido, con detrimento del hijo de casa.

Inclinóse sobre la cuna con aire sombrío, y se puso á mirar por primera vez el rostro de su hijo, notando que se parecia á Andrea.

Esto destrozó su corazon, viéndose obligado á clavarse las uñas en la carne para comprimir una lágrima que subia de aquel corazon herido á sus párpados.

Besó con timidez, y hasta temblando, la fresca mejilla del recien nacido, y retrocedió tambaleándose.

Pitou estaba ya en el umbral, con un palo en la mano y su anguarina á la espalda, que era su distintivo de nobleza.

Jilberto dió medio luis al robusto muchacho que andaba rondando entre sus piernas, y las dos mujeres le pidieron les concediese la honra de abrazarle con la interesante familiaridad propia del campo.

Tantas emociones abrumaron á aquel padre de diez y ocho años, faltando poco para que sucumbiese. Pálido, atacado de los nervios, empezaba á perder la cabeza, cuando dijo á Pitou:

—Marchemos.

—Cuando gusteis, señor, contestó el campesino abriendo la marcha.

Y efectivamente se fueron.

De pronto se puso á gritar Magdalena desde el umbral:

—Señor! Señor!

—Qué hay? dijo Jilberto.

—Cómo se llama? Cómo se llama? Qué nombre quereis que le demos?

—Jilberto! contestó el jóven con varonil orgullo.

CAPÍTULO XCIV.

La partida.

Pronto se arregló el negocio en casa del escribano, en cuyo poder depositó Jilberto bajo su nombre las veinte mil libras, menos unos cuantos centenares, cantidad destinada á subvenir á los gastos que orijinasen la educacion y mantenimiento del niño, como tambien para proporcionarle elementos agrícolas cuando llegase á ser hombre.

—Jilberto arregló la educacion y mantenimiento en la cantidad de quinientas libras anuales por espacio de quince años, y decidió que con el resto del dinero se formara una especie de dote para comprar fincas y lo demas necesario.

Despues de pensar en el niño, pensó Jilberto en sus padres, disponiendo que cuando aquel cumpliese diez y ocho años diera á Pitou dos mil cuatrocientas libras; pero hasta entonces solo debia suminis-

trar Mr. Niquet la cantidad anual juntamente con las quinientas libras.

En cuanto al escribano, debia disfrutar el interes del dinero en premio de sus trabajos.

Jilberto hizo que le dieran un recibo en forma, Niquet del dinero y Pitou del niño, para lo cual comprobó Niquet la firma de Pitou respecto al niño, y Pitou la de Niquet respecto á la suma, de suerte que pudo marchar á eso del medio dia, dejando admirado al escribano con su prematura prudencia, y arrobado al campesino con una fortuna tan rápida.

En los confines de la aldea de Haramont creyó Jilberto que se separaba del mundo entero. Acababa de divorciarse de la indolente vida propia de un jóven, realizando una de esas acciones formales á que los hombres podian llamar delito, y que Dios podia castigar severamente; y todo lo demas carecia para él de significacion; nada esperaba ya.

Sin embargo, confiando en sus propias ideas y sus propias fuerzas, Jilberto tuvo valor para desprenderse de los bra-

zos de Mr. Niquet, quien se habia hecho muy amigo suyo y fue acompañándole, no sin tentarle con mil y mil seducciones.

Empero como el espíritu es caprichoso y la naturaleza humana está sujeta á debilidades, cuanta mas fuerza de voluntad tiene un hombre, cuanto mas resorte encuentra espontáneamente, cuanto mas veloz es en la ejecucion de una empresa, tanto mejor mide la distancia que ya le separa del primer paso dado. Entonces se alarma el hombre de mas ánimo, y dice como César: «¿habré hecho bien en pasar el Rubicon?»

Al verse solo Jilberto en la linde del bosque volvió á dirijir la vista al rojizo horizonte en que se perdia todo Haramont, menos la torre, y aquel cuadro arrebatador de ventura y tranquilidad le sumerjió en una meditacion llena de delicias al propio tiempo que de sentimiento.

—Qué loco soy! dijo allá para sí; á dónde voy si Dios no aparta de mí los ojos enojado en lo profundo del cielo? ¡Cómo; se me ofrece una idea, una circunstancia favorece su realizacion; un hom-

bre, suscitado por Dios para causar el daño que ha hecho, consiente en reparar este daño y hoy me encuentro con un tesoro y un hijo!... Con diez mil libras, pues las otras diez mil son para el niño, puedo vivir aqui cultivando la tierra entre estos buenos aldeanos y en el seno de esta naturaleza sublime y fecunda. Sí, puedo sepultarme para siempre en un estado de felicidad, trabajar y pensar, olvidar el mundo y hacer que el mundo me olvide, educar yo mismo á ese niño, lo cual es una dicha inmensa, y gozarme de este modo en mi obra.... Y por qué no? No es Dios quien me envia estas probabilidades de ser feliz? No son una compensacion de todo lo que hasta aqui he sufrido? Oh! sí, puedo vivir como he dicho; sí, puedo entrar á tomar parte en la obra de criar á ese niño, á quien yo mismo educaré, ganando asi el dinero que ha de darse á jente asalariada. Tambien puedo confesar á Mr. Niquet que soy su padre.

Y su corazon se fue llenando poco á poco de una alegria indecible, de una es-

peranza que no habia saboreado ni aun en las alucinaciones mas risueñas de sus ilusorios pensamientos.

De pronto despertó el gusano que dormia en el fondo de aquella hermosa fruta y asomó su asquerosa cabeza. Este gusano era el remordimiento, la vergüenza, la desgracia.

—No puedo, dijo Jilberto poniéndose pálido; he robado el niño á esa mujer despues de robarle su honra; tambien he robado el dinero á ese hombre diciendo que era para reparar mi falta. No tengo, pues, derecho para labrar con él mi dicha, ni tampoco para quedarme con el niño, puesto que otra persona se quedará tambien sin él. Ese niño es de los dos ó de nadie.

Y diciendo estas palabras, que dolian tanto como una herida, se levantó desesperado, espresando su rostro las pasiones mas sombrias y rencorosas.

—Corriente! dijo, seré desgraciado, sufriré, careceré de todo, pero la parte que queria tomar en el bien la tomaré en el mal. De hoy mas es mi patrimonio la

venganza y la desgracia.... Nada temas, Andrea, pues la compartiré fielmente contigo.

Se apartó á la derecha, y despues de orientarse por medio de un momento de reflexion, penetró en los bosques, donde caminó todo el dia, dirijiéndose hácia el camino de Normandía, que calculaba debia encontrar á los cuatro dias de marcha.

Su caudal ascendia á nueve libras y unos sueldos: su aspecto era honrado, sus ademanes tranquilos y reposados, y con un libro debajo del brazo se parecia mucho á un estudiante que regresaba á la casa paterna.

Contrajo la costumbre de andar de noche por los caminos y dormir de dia en los prados al sol. Solo dos veces le incomodó tanto la brisa que tuvo que entrar en una cabaña, donde se durmió en una silla al pie de la lumbre, con tanta gana que le sorprendió así la noche.

Siempre encontraba una disculpa que dar, pues decia que iba á Ruan á casa de un tio suyo, y habia salido de Villers-Cotterets, andando el camino á pie por

distraerse, como jóven que era.

Los campesinos no manifestaban la menor sospecha, pues un libro daba entonces un aspecto respetable; pero si Jilberto veia revolotear la duda por algunas bocas maliciosas, hablaba de un seminario, á donde le llevaba la vocacion, y de este modo derrotaba completamente todo mal pensamiento.

Ocho dias trascurrieron asi, durante los cuales vivió Jilberto como un hombre del campo, gastando diez sueldos al dia y andando diez leguas de terreno, hasta que efectivamente llegó á Ruan, donde no necesitó ya orientarse ni buscar el camino.

El libro que llevaba consigo era un ejemplar de la Nueva Eloisa, lujosamente encuadernado, que Rousseau le regaló escribiendo su nombre en la primera hoja.

Reducido Jilberto á cuatro libras y diez sueldos, rompió aquella pájina, que guardó con mucho cuidado, y vendió la obra á un librero por tres libras.

Asi fue como el jóven pudo llegar al cabo de otros tres dias, a la vista de

Havre, y descubrió el mar al ponerse el sol.

Sus zapatos hallábanse en un estado poco decente para un almibarado jóven que se ponia de dia medias de seda para atravesar las poblaciones; pero tambien se le ocurrió una idea. Vendió sus medias de seda, ó mas bien las cambió por un par de zapatos, magníficos en cuanto á fuertes; pero en cuanto á elegancia lo mejor es no decir nada.

Aquella noche la pasó en Harfleur, gastando en hospedaje y cena diez y seis sueldos, y allí comió ostras por la primera vez en su vida.

—Este es un manjar de jente rica, dijo allá para sí, pero lo come en este momento el hombre mas pobre del mundo; tan cierto es que Dios no hace mas que bien, mientras que los hombres han inventado el mal, segun máxima de Rousseau.

A las diez de la mañana del 13 de Diciembre entró Jilberto en el Havre, y desde la primera ojeada divisó al *Adonis*, bonito brick de 300 toneladas que se mecia en la rada.

El puerto estaba desierto y Jilberto

se embarcó en una barca pasaje, no sin que le preguntase un grumete qué es lo que queria.

—Dónde está el capitan? dijo Jilberto.

El grumete hizo una seña en el entrepuente, y á poco gritó una voz desde abajo:

—Que desembarque.

Jilberto se trasbordó al buque y le condujeron á un camarote construido con madera de caoba y amueblado con sobria sencillez.

Un hombre como de treinta años, pálido, nervioso y de mirar inquieto, estaba leyendo una gaceta en una mesa de caoba lo mismo que la tablazon.

—Qué se os ofrece? dijo Jilberto?

Este le hizo una seña para que alejase al grumete, y el muchacho se fué en efecto.

—Sois el capitan del *Adonis*, caballero? dijo Jilberto al instante.

—Sí señor.

—Entonces este papel es para vos.

Y alargó al capitan la esquela de Bálsamo.

Apenas vió la letra levantóse el capitan y dijo con precipitacion á Jilberto, sonriéndose de un modo afable:

—Ah! vos tambien.... y tan jóven! Bien! bien!

Jilberto se contentó con inclinarse.

—A dónde vais, dijo el marino?

—A América.

—Y cuándo partís?

—Al mismo tiempo que vos.

—Pues entonces dentro de ocho dias.

—Y qué hago durante ese tiempo, capitan?

—Teneis pasaporte?

—No.

—Entonces esta noche misma vais á volver á bordo despues que os háyais paseado todo el dia por las afueras de la poblacion, en Santa Adresa, por ejemplo. No hableis con nadie.

—Necesito comer y no tengo dinero.

—Vais á comer aqui y á la noche tambien cenareis aqui.

—Y despues?

—Una vez embarcado no volvereis á tierra, sino que permanecereis escondido,

teniendo que marchar sin haber vuelto á ver la luz del cielo.... Cuando estemos en alta mar y á veinte leguas de la costa, tendreis completa libertad.

—Bien.

—Haced, pues, hoy lo que os falte que hacer.

—Tengo que escribir una carta.

—Escribidla pues.

—Dónde?

—En esta mesa: aqui teneis pluma, tinta y papel: el correo está en el arrabal, y el grumete os llevará á él.

—Gracias, capitan.

Asi que Jilberto se quedó solo, escribió una carta bien corta, á la que puso este sobre:

«A la señora Andrea de Taverney, calle de Coq-Heron n.º 9, primera puerta cochera entrando por la calle de Platriere. —París.»

En seguida se guardó esta carta en el bolsillo, comió lo que le sirvió el cacapitan y siguió al grumete, quien le llevó al correo donde se echó la carta.

Todo el dia se entretuvo Jilberto en

mirar el mar desde la costa brava.

Cuando llegó la noche se volvió al buque, á cuyo bordo le recibió el capitan que estaba en acecho.

CAPÍTULO XCV.

Despedida de Jilberto.

Felipe pasó una noche horrible; pues aquellas pisadas impresas en la nieve demostraban hasta la evidencia que alguien se habia introducido en casa para robar al niño: pero á quién debia acusar si ningun otro indicio previsaba sus sospechas?

Sin embargo, conocia tan bien á su padre, que no dudó era cómplice en aquel negocio, pues como Mr. de Taverney creia que Luis XV era el padre del niño, debia dar gran importancia á la conservacion de aquel testimonio real y efectivo de la infidelidad del rey para con la Dubarry. Tambien debia creer el baron que tarde ó temprano recurriría Andrea al favor, rescatando entonces muy caro el principal medio de su futura suerte.

Estas reflexiones, fundadas en el conocimiento que aun no hacia mucho tiempo habia adquirido Felipe del carácter de su padre, le consolaron un tanto, creyendo seria posible volver á conquistar aquel niño, supuesto que conocia á los raptores.

Esperó, pues, á que volviese el médico á las ocho, y saliéndole al encuentro en la calle, le contó, paseándose con él de arriba abajo, el espantoso acontecimiento que habia ocurrido aquella noche.

El doctor era muy buen consejero, y despues que examinó las huellas que habia en el jardin y reflexionó un instante, dedujo que las suposiciones de Felipe podian ser acertadas.

—Conozco bastante al baron, dijo, para que no le crea capaz de haber cometido esta mala accion; pero, con todo, no podria ser que ese rapto se hubiese verificado por un interés mas inmediato?

—Y cuál puede ser ese interés, doctor?

—El del verdadero padre.

—Oh! esclamó Felipe, por un momento he pensado esto mismo; pero el

infeliz no tiene pan ni siquiera para él, y es un loco, un exaltado, que á estas horas debe andar huyendo porque tendrá miedo hasta de mi sombra.... Desengañémonos, doctor, el miserable ha cometido este delito aprovechando una ocasion; pero ahora que no estoy tan furioso como al principio, aunque aborrezco al delincuente, creo que evitaría su encuentro por no matarle. Me figuro que debe sufrir remordimientos que serán para él un castigo, y que el hambre y la vagancia han de vengarme tan eficazmente como mi espada.

—No hablemos de eso, dijo el doctor.

—Lo que deseo, querido amigo, es que consintais en mentir por última vez, pues lo primero es tranquilizar á Andrea. Decidle que inquieto ayer por la salud del niño, volvísteis anoche para llevarlo á casa de la nodriza. Esta es la primera fábula que se me ha ocurrido y que he improvisado con respecto á Andrea.

—Diré eso; y vos entre tanto buscareis al niño?

—Tengo un medio de buscarle. Es-

toy decidido á dejar á Francia; Andrea entrará en el convento de S. Dionisio, y entonces yo iré á ver á mi padre, á quien diré que todo lo sé, obligándole, como si fuese un estraño para mí, á que me descubra el paradero del niño. Si se resiste le amenazaré con revelarlo públicamente y ponerlo en conocimiento de la delfina.

—Y qué hareis con el niño estando vuestra hermana en el convento?

—Lo pondré á criar en casa de la mujer que vos me recomendeis; despues en el colejio, y cuando sea grande me haré cargo de él si es que vivo.

—Y creeis que la madre consentirá, sea en dejaros, sea en dejar á su hijo?

—Andrea consentirá en lo sucesivo en cuanto yo quiera; ademas sabe que he dado un paso con la señora delfina, cuya palabra tengo, y no me espondrá á que falte al respeto á nuestra protectora.

—Veamos cómo está esa pobre madre, dijo el doctor.

Y entró efectivamente en el aposento

de Andrea, quien estaba medio dormida, consolada con los cuidados de Felipe.

Su primera palabra fue hacer una pregunta al médico, quien ya habia contestado á ella con lo risueño de su semblante.

Andrea entró desde entonces en una calma completa, que aceleró de tal modo su convalecencia, que á los diez dias se levantaba y podia andar por el invernáculo á la hora en que daba el sol en los vidrios.

El mismo dia de aquel paseo, Felipe, que habia estado ausente unos cuantos dias, volvió á la casa de Coq-Heron con un rostro tan sombrío, que al abrirle la puerta el doctor presintió una gran desgracia.

—Qué hay? preguntó; se niega vuestro padre á entregar el niño?

—Mi padre, dijo Felipe, ha sufrido unas calenturas que le obligaron á guardar cama tres dias despues de haberse marchado de Paris, y se hallaba muy malo cuando yo llegué. Crei que aquella enfermedad era un ardid, una ficcion, que

probaba mas y mas su participacion en el rapto, é insistí, hasta le amenacé, pero mi padre ha jurado por Jesucristo que no entendia lo que queria decirle.

—De suerte que volveis sin noticias?

—Sí, doctor.

—Y convencido de la veracidad del baron?

—Casi convencido.

—Conque ha sido mas astuto que vos, y no ha revelado el secreto?

—Le amenacé con decirlo á la señora delfina, y se puso pálido; pero me dijo: «piérdeme si quieres, deshonra á tu padre, deshónrate á tí mismo, será una locura que no producirá ningun resultado, porque no sé lo que quieres decirme.»

—De suerte que?...

—Vuelvo desesperado.

En aquel momento oyó Felipe la voz de su hermana que gritaba:

—No es Felipe el que ha entrado?

—Gran Dios! ya está aqui!... Qué le diré? murmuró Felipe.

—Silencio! dijo el doctor.

Andrea entró en el cuarto y fué á

abrazar á su hermano con una ternura y una alegria que dejaron helado el corazon del jóven.

—De dónde vienes? le dijo.

—En primer lugar de casa de padre, segun te manifesté.

—Está bueno papá?

—Sí, Andrea; pero no es esta la única visita que he hecho, sino tambien he visto á varias personas para arreglar tu entrada en S. Dionisio. A Dios gracias todo está ya dispuesto, y ahora que estás buena puedes ocuparte de tu porvenir con intelijencia y firmeza.

Andrea se acercó á su hermano, y sonriéndose con ternura:

—Querido amigo, le dijo, mi porvenir no me inquieta ya, ni debe inquietar á nadie.... Yo no tengo otro porvenir que el de mi hijo, y pienso consagrarme de hoy mas á criarlo y cuidarlo. Tal es mi resolucion, tomada irrevocablemente desde que habiendo recobrado las fuerzas no he dudado de la fortaleza de mi espíritu. Vivir para mi hijo, vivir entre privaciones, hasta trabajar si es necesa-

rio, pero no dejarle ni de dia ni de noche; este es el porvenir que me he trazado. Se acabó el convento; no mas egoismo: pertenezco á un ser, y Dios quiere que sea suya!

El doctor miró á Felipe como diciéndole:

—No os lo anuncié?

—Hermana, esclamó el jóven, qué es lo que dices?

—No me acuses, Felipe, pues no es un capricho de una mujer débil y vana; ademas, no te molestaré ni perjudicaré en nada.

—Pero Andrea, yo no puedo quedarme en Francia y quiero dejarlo todo, porque tampoco tengo bienes ni porvenir. Podré, pues, consentir en abandonarte al pie del altar; ¡pero en el mundo, en la miseria y el trabajo!... Mira lo que haces, Andrea.

—Todo lo he previsto: te quiero sinceramente, Felipe; pero si me dejas devoraré mis lágrimas é iré á refujiarme junto á la cuna de mi niño.

El doctor se acercó.

—Eso es una exajeracion y una demencia, dijo.

—Ah! doctor, qué quereis?... El ser madre es un estado de demencia; pero Dios me ha enviado esa demencia, y mientras ese niño me necesite insistiré en mi resolucion.

Felipe y el doctor se miraron de pronto.

—Hija mia, dijo el doctor, yo no soy un predicador muy elocuente, pero me acuerdo que Dios prohibe á las criaturas amar con demasiado ardor.

—Sí, hermana, añadió Felipe.

—Pero creo, doctor, que no prohibe á una madre que ame á su hijo con demasiada ternura.

—Perdonadme, hija mia, que el filósofo, el médico, procure medir el abismo que abre el teólogo para las pasiones humanas. Buscad la causa, no solo moral, porque algunas veces es una sutileza de la perfeccion, sino física de todo mandato que provenga de Dios, y aplicadla á la maternidad. Dios prohibe á una madre que ame á su hijo de un modo escesivo, porque el niño es una planta tierna, de-

licada, accesible á todos los males, espuesta á toda clase de padecimientos, y amar con ardor á una criatura efímera es esponerse á tener que desesperarse.

—Por qué me decís eso, doctor? murmuró Andrea. Y tú, Felipe, por qué me miras con esa compasion... y esa palidez?

—Querida Andrea, contestó el jóven, sigue mi consejo, que es de un amigo cariñoso, y puesto que se ha restablecido tu salud, entra cuanto antes en el convento de S. Dionisio.

—Yo!... Ya te he dicho que no dejo á mi hijo.

—Mientras os necesite, dijo el doctor con dulzura.

—Dios mio! Qué hay? hablad.... alguna cosa triste y cruel ha sucedido.

—Cuidado, dijo el doctor á Felipe al oido; aun está muy débil para sufrir un golpe decisivo.

—No me respondes, hermano? Vamos, esplícate.

—Querida hermana, ya sabes que al volver de mi viaje he pasado por la Punta del dia, que es donde se está criando tu hijo.

—Sí.... y qué?

—Pues bien, el niño está algo enfermo.

—Enfermo mi querido hijo! Margarita, Margarita, pronto, un carruaje, que quiero ir á ver á mi hijo.

—Es imposible! esclamó el doctor, pues ni os hallais en situacion de poder salir ni de andar en carruaje.

—Pues esta mañana me dijísteis que sí, y que luego que regresara Felipe iria á ver al niño.

—Auguraba mejor de vos.

—Lo que hicísteis fue engañarme.

El doctor guardó silencio.

—Margarita, repitió Andrea, obedéceme y ve por un carruaje.

—Pero no ves que puedes morirte? dijo Felipe.

—Pues bien, me moriré!... Como me importa tanto la vida!...

Margarita aguardaba, mirando unas veces á su ama, otras á su amo y otras al doctor.

—Hola! Cuando yo mando una cosa se me obedece!.... gritó Andrea, cuyas mejillas se cubrieron de púrpura.

—Querida hermana!

—Nada oigo, y si no me traen un carruaje iré á pie.

—Andrea, dijo de pronto Felipe cojiéndola en sus brazos, no irás, no, porque no tienes necesidad de ir.

—Mi hijo ha muerto! articuló la jóven con frialdad, dejando caer los brazos á lo largo del sillon en que Felipe y el doctor acababan de sentarla.

Felipe solo respondió besando una de sus manos frias é inertes.

Poco á poco fue perdiendo su tirantez el cuello de Andrea, dejó caer la cabeza sobre el pecho y derramó abundantes lágrimas.

—Dios ha querido, dijo Felipe, que suframos esta nueva desgracia; Dios que es tan grande como justo; Dios que quizá tenia otros designios acerca de tí; Dios, en fin, que sin duda juzgaba que la presencia de ese niño á tu lado era un castigo inmerecido.

—Pero al fin, dijo la pobre madre suspirando, ¿por qué ha hecho Dios sufrir á esa criaturita?

—Dios no la ha hecho sufrir, hija mia, dijo el doctor, pues murió la misma noche que nació.... No la sintais, pues, sino como una sombra que pasa y se desvanece.

—Conque los gritos que yo oí?...

—Fueron para despedirse de la vida.

Andrea se tapó el rostro con las manos, mientras que confundiendo el médico y Felipe su modo de pensar en una elocuente mirada, felicitábanse allá para sí de su piadoso embuste.

De repente entró Margarita con una carta.... Esta carta iba dirijida á Andrea, y el sobre decia:

«A la señorita Andrea de Taverney, calle de Coq-Heron n.º 9, primera puerta cochera entrando por la calle de Platriere. —París.»

Felipe la enseñó al doctor por cima de la cabeza de Andrea, quien absorta en su dolor habia dejado de llorar.

—Quién le escribirá? pensaba Felipe; nadie conoce las señas de esta casa, y la letra no es de nuestro padre.

—Dádsela, dijo el doctor interrum-

piendo su mental soliloquio, pues le servirá de distraccion sacándola de esa meditacion profunda que me inquieta no poco.

—Mira, Andrea, dijo Felipe, aquí hay una carta para tí.

Sin reflexionar, sin resistirse, sin manifestar asombro, rompió Andrea el sobre, y enjugándose las lágrimas desdobló el papel para leerla; pero apenas habia recorrido los tres renglones de que se conponia aquella carta, lanzó un grito espantoso, se levantó como una loca, y encojiéndosele los brazos y los pies de resultas de una contraccion terrible, cayó como una estatua en brazos de Margarita, que se acercó á sostenerla. Felipe recojió la carta y leyó lo siguiente:

«En el mar 15 de diciembre de 17...

«Puesto que me habeis arrojado de «vuestro lado me marcho, y nunca vol«vereis á verme, pero me llevo conmigo «á mi hijo, quien jamás os llamará ma«dre.—Jilberto.»

Felipe arrugó el papel lanzando un rujido de rabia.

—Oh! dijo rechinando los dientes,

casi habia perdonado el delito debido á la casualidad; pero lo que es el cometido á sabiendas será castigado.... Andrea, sobre tu inanimada cabeza juro que la primera vez que se me presente delante ese miserable le mataré. Dios quiera que le encuentre, porque ha colmado la medida.... Doctor, volverá en sí Andrea?

—Sí! sí!

—Es preciso que mañana entre en el convento de San Dionisio, y que yo esté pasado mañana en el puerto de mar mas cercano.... El cobarde ha huido; pero le seguiré.... ademas necesito ese niño.... Cuál es el puerto que está mas cerca, doctor?

—El Havre.

—Bien, dentro de treinta y seis horas estaré en el Havre, respondió Felipe.

CAPÍTULO XCVI.

A bordo.

Desde aquel momento quedó en silen-

cio y tan triste como un sepulcro la casa en que vivia Andrea.

Quizá le hubiera quitado la vida la noticia de la muerte de su hijo, porque este es uno de esos dolores sordos y lentos que minan la existencia; pero la carta de Jilberto fue un golpe tan rudo que escitó en el alma jenerosa de Andrea cuantas fuerzas le quedaban, cuantos sentimientos ofensivos abrigaba.

Cuando volvió en sí buscó con la vista á su hermano, y al ver la rabia que brotaban sus ojos, esto fue para ella un nuevo raudal de valor.

Esperó á que sus fuerzas se hubiesen restablecido completamente para que no le temblase la voz, y cojiendo entonces á Felipe de la mano:

—Amigo mio, le dijo, esta mañana me hablaste del convento de San Dionisio, donde se me ha concedido una celda por mediacion de la señora delfina.

—Sí, Andrea....

—Quieres llevarme á él hoy mismo?

—Oh! sí; y gracias, hermana.

—En cuanto á vos, doctor, siguió di-

ciendo Andrea; despues de tantas bondades, cariño y caridad como me habeis dispensado, sería una recompensa muy estéril el que os diese las gracias. Vuestra recompensa, doctor, no puede hallarse en la tierra.

Se acercó á él y le dió un abrazo.

—Este medallon, dijo, contiene mi retrato, que mi madre mandó hacer cuando yo tenia dos años, y debe parecerse á mi hijo; conservadle, doctor, para que os recuerde alguna vez el niño á que habeis dado la vida y la madre á quien habeis salvado con vuestros cuidados.

Dicho esto sin enternecerse acabó sus preparativos de viaje, y á las seis de la tarde atravesaba, sin atreverse á levantar la cabeza, el postigo del locutorio de San Dionisio, en cuya verja se despidió de ella, quizá para siempre, Felipe, quien no pudo dominar su emocion.

De pronto abandonaron las fuerzas á la pobre Andrea y volvió corriendo á donde estaba su hermano con los brazos abiertos. Este la tendió los suyos, y á pesar de interponerse la fria verja, se encontra-

ron confundiéndose sus lágrimas en sus ardientes mejillas.

—Adios! Adios! murmuró Andrea, cuyo dolor rompió en sollozos.

—Adios! respondió Felipe ahogando su desesperacion.

—Si encuentras alguna vez á mi hijo, dijo Andrea en voz baja, no permitas que me muera sin haberle abrazado antes.

—Descuida.... y adios! Adios!

Andrea se desprendió de los brazos de su hermano, y sostenida por una hermana lega se adelantó sin dejar de mirarle en la profunda oscuridad del convento.

Mientras pudo verla Felipe le hizo señas con la cabeza y despues con un pañuelo que ajitaba en el aire, hasta que al fin recojió el adios postrero que Andrea le dirijió desde el fondo de aquel camino oscuro. Entonces cayó entre ellos una puerta de hierro, resonando de un modo lúgubre, y todo concluyó.

Felipe tomó la posta en S. Dionisio mismo, y con su maleta en la grupa corrió toda la noche y el dia siguiente, llegando al Havre aquella noche. Durmió

en la primera posada que encontró al paso, y al amanecer estaba ya preguntando en el muelle qué buques saldrian mas pronto para América.

Dijéronle que aquel mismo dia se hacia á la vela para Nueva-Yorck el brick *Adonis*, é inmediatamente fue en busca del capitan, quien terminaba sus últimos preparativos. Admitido como pasajero, para lo cual pagó el precio de la travesía, escribió por última vez á la delfina manifestándole su respetuoso cariño, su inefable gratitud, envió su equipaje á bordo y se embarcó á la hora de la marea.

Las cuatro daban en la torre de Francisco I cuando el buque salió del canal con sus masteleros y trinquete. El mar tenia un color azul oscuro, el cielo mostraba un horizonte encarnado, y apoyados los codos en el filarete, despues de saludar á sus compañeros de viaje, Felipe se puso á mirar las costas de Francia, las cuales adquirian un tinte de un vapor amoratado á medida que tomando mas vela el brick dirijia el rumbo hácia la derecha y penetraba en alta mar.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

A poco desaparecieron de la vista de Felipe las costas de Francia, los pasajeros y el Occéano. La noche lo sepultó todo en sus grandes alas, y Felipe fue á encerrarse en su cámara para leer la copia de la carta que habia enviado á la delfina, y que podia pasar por una plegaria dirijida al Criador lo mismo que por una despedida á un ser humano.

«Señora, asi decia la carta: un hombre que se vé sin esperanza ni apoyo se aleja de vos con el sentimiento de haber hecho tan poco por la reina futura de Francia: sí, mientras vos quedais espuesta á los peligros y tormentas que rodean al trono, yo busco las tempestades del mar. Siendo como sois, jóven hermosa y adorada; viéndoos como os veis cercada de amigos respetuosos é idólatras servidores, olvidareis al hombre á quien vuestra réjia mano se dignó levantar de entre la muchedumbre; pero yo no os olvidaré nunca, y voy á pensar en un nuevo mundo en los medios que debo emplear para servir con mas eficacia á vuestro trono.

«Os lego mi hermana, pobre flor

abandonada, que no tendrá mas sol que vuestra ardiente mirada; dignaos de vez en cuando bajar hasta ella los ojos, y en medio de vuestros goces y de vuestra omnipotencia, entre el concierto de unánimes votos, os suplico que conteis con la bendicion de un desterrado, á quien no oireis, y que tal vez no vuelva á veros.»

Al concluir su lectura se le oprimió á Felipe el corazon, siendo preciso confesar que el melancólico ruido que hacia el buque al balancearse, y el estrépito de las olas que iban á estrellarse contra la porta, hubieran entristecido imajinaciones mas risueñas que la suya.

Larga, dolorosa fue la noche para el jóven, sin que calmara su ánimo la visita que á la mañana siguiente le hizo el capitan, quien le dijo que la mayor parte de los pasajeros tenian miedo al mar y no salian de su cámara, y que la travesía prometia ser corta pero penosa, á causa de lo impetuoso del viento.

Felipe contrajo desde entonces la costumbre de comer con el capitan y hacer que le sirvieran el almuerzo en su cá-

mara; y como no se sentia muy fuerte contra las incomodidades del mar, acostumbraba pasar algunas horas en el combes embozado en su capa y tendido. Lo demas del tiempo lo empleaba en trazarse un plan de conducta para lo sucesivo, y sostener su espíritu con sólidas lecturas. Algunas veces se encontraba con sus compañeros de viaje, que eran dos señoras que iban á recojer una herencia en la América del Norte, y cuatro hombres, uno de los cuales, que ya era viejo, llevaba consigo dos niños. Estos eran los pasajeros de la cámara de popa, y en cuanto á la de proa, Felipe divisó una vez algunos hombres vulgarmente vestidos, y nada notó en ellos que llamase la atencion.

A medida que con la costumbre se disminuian sus sufrimientos, Felipe iba adquiriendo serenidad lo mismo que el cielo, pues hubo unos cuantos dias hermosos, puros y sin tormenta que anunciaron á los pasajeros acercábanse á latitudes templadas. Entonces permanecian mas tiempo en el puente; y hasta de no-

che, Felipe que se habia propuesto no comunicarse con nadie, y que habia ocultado su nombre al capitan por no tener conversacion acerca de ninguno de los particulares que tanto temia, oia desde su cámara pasos sobre su cabeza y aun la voz del capitan, quien sin duda se paseaba con algun pasajero. Como esta era una razon para no subir, abria su porta para respirar un poco de fresco y esperaba á que fuese de dia.

Solo una noche que no oyó pasos ni hablar subió al puente. La noche era calurosa, el cielo nublado, y detras del buque, en el surco que iba dejando, se veian brotar en medio del torbellino de espuma millares de ráfagas fosforecentes. Sin duda pareció aquella noche á los pasajeros demasiado oscura y tempestuosa, pues á nadie vió Felipe en la toldilla; únicamente en la proa, inclinada sobre el baupres, dormia ó meditaba una figura negra, que Felipe distinguió con trabajo en medio de la oscuridad; algun pasajero de cámara de proa, sin duda, algun pobre desterrado que miraba hácia

adelante, deseando el puerto americano, mientras Felipe echaba menos el puerto francés. Durante mucho tiempo estuvo mirando Felipe á aquel viajero, inmóvil en su contemplacion; pero como el frio de la mañana iba haciéndose demasiado penetrante, se disponia á entrar en su camarote. El pasajero de proa entretanto observaba tambien el cielo que empezaba á blanquear, y Felipe se volvió al oir que se acercaba el capitan.

—Estais tomando el fresco, capitan? le dijo.

—No, que me levanto ahora.

—Pues amigo, vuestros pasajeros os han ganado por la mano.

—Sí, vos; pero los oficiales son tan madrugadores como los marinos.

—Oh! no solo lo digo por mí, contestó Felipe. Mirad allá bajo aquel hombre que tan pensativo está: es tambien pasajero, no es verdad?

El capitan miró hácia proa, y se quedó sorprendido al parecer.

—Quién es ese hombre? preguntó Felipe.

—Un... mercader, dijo el capitan con cierto embarazo.

—Y corre tras de la fortuna? murmuró Felipe; poco debe andar para él el brick.

En vez de responder el capitan se dirijió en busca de aquel pasajero, al cual dijo unas palabras, y Felipe le vió desaparecer por el entrepuente.

—Habeis turbado su meditacion, dijo Felipe al capitan cuando este volvió á reunirse con él; y sin embargo, á mí no me molestaba.

—No, lo que he hecho ha sido advertirle que el frio de la mañana es peligroso en estos perajes, porque los pasajeros de cámara de proa no tienen como vos buenas capas.

—Dónde estamos, capitan?

—Mañana veremos las islas Azores, y en una de ellas haremos aguada, porque hace mucho calor.

CAPÍTULO XCVII.

Las islas Azores.

En la hora fijada por el capitan divisaron los pasajeros hácia proa y bañadas por un sol brillante las costas de algunas islas situadas al N. E.

Aquellas islas eran las Azores.

El viento soplaba hácia aquella parte y el brick andaba bien, de suerte que llegaron á la vista de las islas á eso de las tres de la tarde.

Felipe vió altas colinas, estrañas en sus formas y de lúgubre aspecto, rocas ennegrecidas como si hubiesen sufrido la accion del fuego volcánico, cortaduras con crestas iluminadas por el sol y abismos profundos.

Apenas estuvieron á tiro de cañon de la primera de aquellas islas, el brick se puso al pairo y la tripulacion preparó los medios de desembarque para hacer aguada, segun habia dispuesto el capitan.

Todos los pasajeros se proponian hacer una escursion á tierra, pues sentar el pie en un suelo inmoble al cabo de veinte dias con veinte noches de una navegacion penosa es un placer que solo pueden apreciar los que han viajado mucho tiempo por mar.

—Señores, dijo el capitan á los pasajeros creyéndolos indecisos, teneis cinco horas para ir á tierra, y asi aprovechad la ocasion, pues los naturalistas hallarán en ese islote, que está completamente deshabitado, manantiales de agua hirviendo y de agua helada, y los cazadores conejos y perdices encarnadas.

Felipe cojió su escopeta, balas y municiones.

—Pero y vos, capitan, dijo, permaneceis á bordo? Por qué no venís con nosotros?

—Porque allá abajo, contestó el capitan señalando al mar, se vé un buque sospechoso; un buque que hace cuatro dias me viene siguiendo; un buque de mal cariz, como nosotros decimos, y quiero observar lo que hace.

Satisfecho Felipe con aquella esplicacion, saltó al último bote y marchó á tierra.

Las señoras y varios pasajeros de popa ó de proa no quisieron desembarcar y esperaron su vuelta.

Vióse, pues, alejarse las dos lanchas con los alegres marineros y los pasajeros mucho mas alegres aun.

Lo último que dijo el capitan fue:

—Señores, á las ocho irá en busca vuestra una lancha, debiendo tener entendido que el que tarde se quedará en tierra.

Cuando todo el mundo, esto es, naturalistas y cazadores desembarcaron, los marineros penetraron en una cueva situada á cien pasos de la orilla, y que formaba un recodo como para evitar los rayos del sol.

Un manantial de agua fresca, azulada, esquisita, se deslizaba por debajo de las rocas cubiertas de musgo, é iba á perderse, sin salir de la gruta, en el fondo de una arena fina y movediza.

Los marineros se pararon alli y lle-

naron sus toneles, poniéndose en seguida á conducirlos rodando hasta la orilla.

Felipe vió su maniobra admirando la sombra azulada de aquella cueva, el fresco que allí se respiraba y el dulce murmullo del agua que se deslizaba de cascada en cascada. Tambien estrañó encontrar al principio opacas tinieblas y el frio mas intenso, mientras que al cabo de algunos minutos la temperatura parecia suave y las sombras surcadas por blandos y misteriosos resplandores. Asi es que al principio siguió á los marineros sin verlos, con las manos estendidas y tropezando en las paredes de piedra; pero luego fuéronse dibujando poco á poco las fisonomías, y Felipe prefería, por su claridad, la luz de aquella gruta, á la del cielo, tan chillona y ardiente de dia en aquellos parajes.

Entre tanto oyó la voz de sus compañeros que se perdia á lo lejos; sonaron en el monte uno ó dos tiros, y luego se desvaneció el ruido, quedándose solo Felipe.

Los marineros por su parte habian

concluido su tarea y no debian volver á la gruta.

Felipe se dejó arrastrar poco á poco por el encanto de aquella soledad y el torbellino de sus pensamientos; se tendió en la blanda arena, apoyó la espalda en las rocas tapizadas con yerbas aromáticas y se puso á meditar.

Asi trascurrieron las horas sin que se acordara para nada del mundo; á su lado descansaba sobre la piedra su escopeta, y para poder acostarse con comodidad habia sacado del bolsillo las pistolas que nunca abandonaba.

Su vida pasada se presentó á su espíritu lenta y solemnemente como una enseñanza ó una reconvencion, y entonces huyeron sus ideas acerca de lo porvenir como esos pájaros bravíos á que se llega con la vista pero nunca con la mano.

Mientras Felipe meditaba de este modo, sin duda habia quien meditase tambien, se riyese y esperara á cien pasos de él, pues lo conocia aunque vagamente, y mas de una vez le pareció oir el remo de las lanchas que conducian á la

playa ó trasladaban á bordo pasajeros, unos cansados ya de disfrutar y otros deseosos de gozar á su vez del placer de andar en tierra.

Pero nadie habia ido á turbarle en su meditacion, ya porque los unos no diesen con la entrada de la cueva, ya porque los otros no se dignasen entrar en ella.

De pronto se interpuso entre la luz y la gruta una sombra tímida é indecisa, y Felipe vió á uno andar, con las manos hácia adelante y la cabeza baja, en direccion al manantial; pero se le resvaló el pie en la yerba y tropezó de una vez en las rocas.

Entonces se levantó Felipe y fue á dar la mano á aquella persona para ayudarle á seguir el verdadero camino. En aquel impulso de urbanidad sus dedos encontraron la mano del viajero en medio de las tinieblas.

—Por aqui, dijo en tono afable; por aqui se va al manantial.

Al oir aquella voz el desconocido levantó precipitadamente la cabeza y se disponia á responder dejando al descu-

bierto su rostro en la azulada penumbra de la gruta.

Pero lanzando Felipe de pronto un grito de horror, dió un brinco hácia atrás.

El desconocido, por su parte, arrojó un grito de espanto y retrocedió.

—Jilberto!

—Felipe!

Estas dos palabras sonaron á un mismo tiempo como un trueno subterráneo.

En seguida solo se oyó el ruido de una especie de lucha, pues Felipe cojió con las dos manos por el cuello á su enemigo y lo atrajo al fondo de la cueva.

Jilberto se dejó llevar sin proferir ni una queja hasta que pegado á las rocas no podia ya retroceder.

—Miserable! al fin caiste en mi poder, dijo Felipe rujiendo como un leon. Dios te trae á mi presencia, porque Dios es justo!

Jilberto estaba lívido, y sin hacer un jesto siquiera dejó caer los brazos.

—Oh! tan cobarde como malvado, dijo Felipe: ni aun tiene el instinto de la fiera que se defiende.

Jilberto contestó con dulzura:

—Defenderme! y para qué?

—Es verdad, porque sabes que estás en mi poder, y eres digno del castigo mas terrible. Todos tus delitos están probados; has envilecido á una mujer por medio de la afrenta, y la has matado, porque eres un inhumano. Para tí era poco manchar la castidad de una vírjen, y has querido asesinar á una madre.

Nada respondió Jilberto, y Felipe que iba acalorándose insensiblemente con el fuego de su propia ira, le acometió de nuevo con furia; pero Jilberto no opuso la menor resistencia.

—Tú no eres hombre, dijo Felipe sacudiéndole con rabia, y solo tienes de tal el rostro.... Cómo! Ni resistes siquiera? Pero no ves que te estoy ahogando?... Defiéndete, cobarde, cobarde, asesino!...

Jilberto sintió penetrar en su garganta los acerados dedos de su enemigo: entonces se enderezó, y tan vigoroso como un leon arrojó á Felipe léjos de sí con un movimiento de hombros que hizo, y en seguida se cruzó de brazos.

—Ya veis, dijo, que podria defenderme si quisiera; pero para qué?... Ahora cojeis la escopeta; mejor quiero morir de un tiro que desgarrado por vuestras uñas, ó de golpes que deshonran.

Efectivamente, Felipe habia cojido su escopeta; pero al oir estas palabras la rechazó.

—No, murmuró.

Luego en voz alta:

—A dónde vas?... Cómo has venido aquí?

—Me he embarcado en el *Adonis*.

—Entonces habrás estado escondido y debes haberme visto?

—Ni siquiera sabia que vos estábais á bordo.

—Mientes.

—No miento.

—Y entonces, cómo es que yo no te he visto?

—Porque solo salia de mi cámara de noche.

—Ya ves como te escondes!

—Sin duda.

—Por mí?

—Ya os he dicho que no: voy á América con una comision, y nadie debe verme, siendo este el motivo de que el capitan me haya alojado aparte.

—Repito que te escondes por no encontrarte conmigo, y sobre todo para ocultar el niño que has robado.

—El niño! dijo Jilberto.

—Sí, has robado y traido contigo ese niño para convertirle algun dia en un arma que te produzca alguna garancia, porque eres un miserable!

Jilberto movió la cabeza.

—He recojido ese niño, dijo, para que nadie le enseñe á despreciar ó renegar de su padre.

Felipe tomó aliento, y luego dijo:

—Si eso fuese cierto, si yo pudiera creerlo, serías menos infame que lo que he pensado; pero un hombre que roba, cómo no ha de mentir?

—Yo he robado, yo?

—Sí, has robado un niño.

—Ese niño es mi hijo y me pertenece! El que recobra lo suyo no roba.

—Escucha, dijo Felipe estremecién-

dose de ira; hace poco se me ocurrió la idea de matarte, pues lo habia jurado y tenia derecho para ello.

—Jilberto no contestó.

—Ahora Dios me ilumina, Dios que te ha traido á mi camino como para decirme: «La venganza es inútil, solo debe vengarse aquel á quien haya abandonado Dios....» No te mataré, pues, pero destruiré el edificio de desgracia que has levantado. Ese niño con que cuentas para lo futuro vas á devolvérmelo al instante.

—Pero si no lo tengo? dijo Jilberto. No se trae al mar un niño de quince dias.

—Preciso es que le hayas buscado una ama; y por qué no ha de venir acompañándote?

—Os digo que no he traido conmigo el niño.

—Entonces lo habrás dejado en Francia: en qué sitio lo has dejado?

Jilberto se calló.

—Responde! Dónde le has puesto á criar y con qué recursos?

—Jilberto siguió callado.

—Ah! miserable, me desafias, dijo

Felipe: no temes que se despierte mi cólera?... Quieres decirme dónde está el hijo de mi hermana? Quieres devolverme ese niño?

—Mi hijo me pertenece, murmuró Jilberto.

—Malvado! Está visto que quieres morir!

—Lo que quiero es no entregar mi hijo.

—Jilberto, escúchame, pues te hablo con dulzura: procuraré olvidar lo pasado y aun perdonarte. Ya ves mi jenerosidad, Jilberto.... Te perdono!... Perdono la afrenta y las desgracias que has traido á nuestra casa, lo cual es un gran sacrificio; pero devuélveme ese niño. ¿Quieres que trate de vencer la repugnancia tan lejítima de Andrea; quieres que interceda por tí? Pues bien, lo haré, pero devuélveme el niño.... Una palabra mas: Andrea ama á su hijo, al tuyo, con frenesí, y la conmoverá tu arrepentimiento; te lo ofrezco y me comprometo á ello; pero devuélveme ese niño, Jilberto, devuélvemelo.

Jilberto se cruzó de brazos, lanzando á Felipe una mirada llena de un fuego sombrío.

—Vos no me habeis creido, dijo, y yo tampoco os creo; no porque no seais un hombre honrado, sino porque he sondeado el abismo de las preocupaciones de raza. Ya no es posible retroceder, y de consiguiente no hay perdon. Somos enemigos mortales, y puesto que vos sois mas fuerte, sed el vencedor.... Yo no os pido vuestra arma, conque no me pidais vos la mia...

—Es decir que confiesas que es un arma?

—Sí, contra el desprecio, contra la ingratitud, contra el insulto!

—Te lo vuelvo á decir, Jilberto, dijo Felipe echando espuma por la boca, quieres ó no?

—No.

—Mira lo que haces.

—Bien lo sé.

—No quiero asesinarte, sino que tengas probabilidad de matar al hermano de Andrea, y con eso cometes otro delito

mas! Ah! ah! eso debe tentarte... Toma esta pistola, y hé aqui otra: contemos cada uno tres pasos y disparemos.

Y arrojó una de las pistolas á los pies de Jilberto.

El jóven permaneció inmóvil.

—Un desafío? dijo, precisamente lo rehuso.

—Quieres mejor que te mate? esclamó Felipe loco de rabia y desesperacion.

—Mejor quiero que me mateis.

—Reflexiónalo... porque se me vá la cabeza.

—Lo he reflexionado.

—Mira que estoy en mi derecho y que Dios debe absolverme.

—Ya lo sé.... matadme.

—Por última vez te lo pregunto, quieres batirte?

—No.

—Y te niegas á defenderte?

—Sí.

—Pues bien, muere como un malvado de que purgo á la tierra; muere como un sacrílego, como un bandido; muere como un perro!

Y Felipe disparó su pistola á boca de jarro contra Jilberto. Este estendió los brazos, se inclinó al principio hácia atrás, despues hácia adelante, y cayó de cara sin lanzar un grito. Felipe sintió impregnarse la arena bajo su pie de una sangre caliente, perdió enteramente la razon y se arrojó fuera de la cueva.

Delante de él se hallaba la playa, y una lancha estaba esperando, pues se habia anunciado á bordo la hora de marchar para las ocho, y ya eran algunos minutos mas.

—Ah! al fin os encontramos, caballero, dijeron los marineros.... Vos sois el último, pues todos se hallan ya á bordo.... Qué habeis matado?

Al oir Felipe esta palabra perdió el conocimiento, y asi le trasladaron al buque que empezaba á aparejar.

—Han venido todos? preguntó el capitan.

—Este es el último pasajero que quedaba en tierra, respondieron los marineros; y sin duda ha dado alguna caida, porque acaba de desmayarse.

El capitan mandó ejecutar una maniobra decisiva, y el brick se alejó rápidamente de las islas Azores, precisamente en el mismo momento en que el buque desconocido que le habia traido inquieto durante tanto tiempo tomaba puerto bajo el pabellon americano.

El capitan del *Adonis* cambió una señal con aquel buque, y tranquilo á lo menos en la apariencia, continuó su rumbo hácia occidente, perdiéndose á poco en las sombras de la noche.

Hasta la mañana siguiente no advirtieron que faltaba un pasajero á bordo.

EPÍLOGO.

El dia 9 de Mayo.

El dia 9 de mayo de 1774 á las ocho de la noche presentaba Versalles un espectáculo tan curioso como interesante.

Atacado el rey Luis XV desde el primer dia del mes de una enfermedad terrible, cuya gravedad no se atrevian á con-

fesar los médicos, guardaba cama, y empezaba á buscar con la vista en torno suyo la verdad ó la esperanza.

Bordeu, que era uno de los médicos, observó en el rey unas viruelas sumamente malignas, y La Martiniere, que asi se llamaba el otro médico, notó lo mismo que su compañero, siendo de opinion debia decírsele al rey, á fin de que tomase espiritual y materialmente, como monarca cristiano, medidas que contribuyesen á la salvacion de su alma y á la del reino.

—Debe, decia, darse la estremauncion al rey cristianísimo.

La Martiniere representaba el partido del delfin, esto es, la oposicion; pero Bordeu representaba el partido de la Dubarry, y sostenia que decir al rey cuán grave era su mal era lo mismo que matarle, y que él por su parte no estaba dispuesto á cometer un rejicidio.

Conviene saber que llamar la relijion á la cámara réjia era espulsar á la favorita, pues cuando Dios entra por una puerta es preciso que Satanás salga por otra.

Ahora bien; durante las divisiones intestinas de la facultad médica, la familia real y los partidos, la enfermedad aposentábase á sus anchas en aquel cuerpo envejecido, gastado y consumido con los desórdenes, fortificándose en él de tal modo, que no pudieron arrojarla ni con remedios ni con prohibiciones.

Asi que aparecieron los primeros síntomas del mal causado, el rey por una infidelidad que cometió con la Dubarry, infidelidad á que se prestó la condesa con complacencia, el rey vió reunirse enderredor de su lecho á sus dos hijas, la favorita y los cortesanos mas favorecidos; pero todavia ayudábanse unos á otros y se mostraban risueños.

De pronto apareció en Versalles la figura austera y fatídica de Luisa de Francia, quien dejó su celda para ir tambien á consolar y cuidar á su padre.

Pálida y sombría, entró en la cámara como la estátua de la fatalidad, y no como una hija que va á ver á su padre, no como una hermana que va á abrazar á sus hermanos. Parecíase á las profeti-

sas antiguas que, en los dias lúgubres de la adversidad, iban á gritar á los desacordados reyes: «Infeliz de tí! infeliz de tí!»

Penetró en Versalles á la sazon que Luis besaba las manos á la Dubarry, y se las llevaba acariciándolas blandamente, ora á su frente pálida y descolorida, ora á sus inflamadas mejillas.

Al verla todos huyeron, sus hermanas se refujiaron temblando en la cámara inmediata; la Dubarry dobló la rodilla y corrió á su aposento; los cortesanos privilejiados retrocedieron hasta las antesalas, y solo permanecieron junto á la chimenea los dos médicos.

—Mi hija! murmuró el rey abriendo los ojos, que le obligaban á tener cerrados el dolor y la calentura.

—Sí, vuestra hija, señor, dijo la princesa.

—Que viene....

—De parte de Dios!

El rey se incorporó procurando sonreirse.

—Sí, prosiguió diciendo Luisa, no os acordais de Dios.

—Yo! ..

—Y quiero que no sea así.

—Hija mia, creo que no estoy tan cerca de la muerte que necesite me exhorten á bien morir. Mi enfermedad es leve; un constipado, una inflamacion.

—Vuestra enfermedad, señor, interrumpió la princesa, es de aquellas que, con arreglo á la etiqueta, debe reunir á la cabecera de V. M. los grandes prelados del reino. Cuando un individuo de la familia real es atacado de las viruelas debe administrársele al momento.

—Señora! esclamó el rey muy pálido y ajitado, qué es lo que decís?

—Señora! dijeron tambien los médicos aterrados.

—Digo, continuó la princesa, que V. M. está atacado de las viruelas.

El rey lanzó un grito.

—Los médicos no dicen eso, replicó.

—Porque no se atreven; pero yo veo para V. M. otro reino mejor que el de Francia. Acercaos á Dios, señor, y pasad revista á los años que habeis vivido.

—Las viruelas! murmuraba Luis XV;

una enfermedad mortal!... Bordeu, La Martiniere! Es eso cierto?

Los médicos bajaron la cabeza.

—Entonces estoy perdido, esclamó el rey cada vez mas espantado.

—Todas las enfermedades se curan, señor, dijo Bordeu tomando la iniciativa, sobre todo cuando el enfermo conserva la presencia de ánimo necesaria.

—Dios da tranquilidad al espíritu y salud al cuerpo, respondió la princesa.

—Señora, dijo Bordeu con osadía aunque en voz baja; vos sois quien matais al rey!

La princesa no se dignó contestar; se acercó al enfermo, y cojiéndole la mano se la llenó de besos diciéndole:

—Señor, divorciaos de lo pasado y dad buen ejemplo á vuestros pueblos. Como nadie os advertia la gravedad del caso, corríais el peligro de perderos por toda una eternidad; pero ahora prometedme que vivireis como cristiano, si vivís, y que morireis como cristiano tambien, si Dios os llama á sí.

Asi que concluyó estas palabras vol-

vió á besar la régia mano, y tomó á paso lento el camino de las antesalas. Allí se dejó caer su velo negro, bajó con solemnidad los escalones, y subió á su carroza, dejando tras sí un asombro, un espanto, de que nadie podria dar una idea.

El rey solo recobró el ánimo á fuerza de preguntar á los médicos; pero estaba herido de muerte.

—No quiero, dijo, se renueven las escenas que tuvieron lugar en Metz con la duquesa de Chateauroux: que llamen á la Sra. de Aiguillon y que tenga la bondad de llevar á Rueil á la Sra. Dubarry.

Esta órden fue un trueno que á todos puso en movimiento. Bordeu quiso decir algunas palabras; pero el rey le impuso silencio; ademas veia que su compañero estaba dispuesto á referirlo todo al delfin, sabia cuál iba á ser el resultado de la enfermedad del rey, y sin luchar mas tiempo dejó la régia cámara para noticiar á la Dubarry el golpe que iba á sufrir.

Espantada la condesa al ver el aspecto insultante que presentaban ya todos los rostros se apresuró á desaparecer, y al

cabo de una hora estaba fuera de Versalles, conduciéndola la duquesa de Aiguillon, amiga tan fiel como agradecida, al castillo de Rueil, que le pertenecia por habérselo dejado en herencia el gran Richelieu.

Bordeu, por su parte, cerró la puerta del rey á toda la familia real, so pretesto de que podia contajiarse, y desde entonces Luis XV quedó amurallado en su cámara, donde solo debian entrar la relijion y la muerte.

Aquel mismo dia fue administrado el rey, y esta noticia se esparció por París en cuya poblacion se sabia ya, repitiéndose por todos la desgracia de la favorita.

Toda la corte fue á visitar al delfin; pero este cerró su puerta y á nadie recibió.

Entre tanto al dia siguiente se sintió mejor el rey y envió al duque de Aiguillon á que felicitase á la Dubarry.

Aquel dia era el 9 de Mayo de 1774.

La corte desertó al saberlo del pabellon del delfin y se trasladó á Rueil, donde vivia la favorita, no habiéndose visto

desde el destierro de Mr. de Choiseul á Chanteloup una fila tan grande de carrozas.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas.

¿Viviria el rey y la Dubarry seguiria siendo reina?

¿O bien moriria aquel y esta no seria mas que una cortesana execrable y deshonrada?

Hé aquí por qué presentaba Versalles el dia 9 de Mayo de 1774 á las ocho de la noche un espectáculo tan curioso como interesante.

En la plaza de armas, y delante de palacio, farmáronse algunos grupos benévolos y ansiosos de adquirir noticias.

Componian aquellos grupos habitantes de la clase media de Versalles y París, que con toda la política imajinable preguntaban cómo estaba el rey á los guardias de corps que se paseaban en silencio y con las manos á la espalda por el patio de honor.

Poco á poco fuéronse dispersando aquellos grupos: los vecinos de París tomaron

asiento en los pataches para dirijirse tranquilamente á sus casas, y los habitantes de Versalles, en la seguridad de que ellos serian los primeros que supiesen cualquier noticia, se volvieron tambien á sus domicilios.

Solo quedaron en la poblacion unas cuantas patrullas que hacian el servicio con alguna mas flojedad que de costumbre, y ese mundo jigantesco, llamado palacio de Versalles, fue sepultándose poco á poco en las sombras y el silencio como el mundo algo mas grande en que está encerrado.

En el ángulo de la calle cercada de árboles que hace frente al palacio, estaba sentado aquella noche en un banco de piedra bajo las ya frondosas ramas de los castaños de Indias un hombre de edad avanzada, con el rostro vuelto hácia el noble edificio, y apoyadas las manos en su baston, sobre cuyo puño descansaba su cabeza pensativa y poética.

Sin embargo, era un anciano encorvado y achacoso; pero cuyos ojos despedian brillo todavia, y cuyo pensamiento

brillaba mucho mas que sus ojos.

Abismado en su contemplacion y sus suspiros no vió al otro estremo del mismo sitio otro personaje que, despues de mirar con curiosidad á las verjas y preguntar á los guardias de corps, atravesó diagonalmente la esplanada y se dirijió al banco con intencion de sentarse en él á descansar.

Aquel personaje era un hombre jóven, de juanetes abultados, frente hundida, nariz aguileña y torcida y risa sardónica; como que, sin dejar de andar se reia, aunque estaba solo, acompañando con su risa algun oculto pensamiento.

Cuando estuvo á tres pasos del banco vió al anciano y se apartó, aunque tratando de conocerle con su mirar oblicuo; solo que temia no fuese interpretada como deseaba su mirada.

—Estais tomando el fresco? dijo acercándose de pronto.

El anciano levantó la cabeza.

—Toma! esclamó el jóven, pues si es mi ilustre maestro.

—Y vos mi jóven cirujano, dijo elviejo.

—Me permitís que me siente á vuestro lado?

—Con mucho gusto.

Y el anciano hizo sitio al recienvenido.

—Parece que el rey está mejor, y eso los tiene alegres, dijo el jóven soltando una carcajada.

El anciano no respondió.

—Todo el dia, siguió diciendo el jóven, han corrido las carrozas de París á Rueil y de Rueil á Versalles, porque en cuanto se restablezca el rey se casa con la Dubarry.

Y terminó su frase con otra carcajada mas estrepitosa que la primera.

Tampoco respondió el anciano.

—Dispensadme el que me ria de este modo, dijo el jóven con un movimiento de irritacion nerviosa; todo buen francés quiere bien á su rey, y como está mejor...

—No os chanceeis asi sobre este particular, caballero, dijo el anciano con dulzura, porque si es una desgracia para algunos la muerte de un hombre, muchas veces es un gran infortunio para todos el fallecimiento de un rey.

—Y el de Luis XV tambien? interrumpió el jóven con ironía. Oh! querido maestro, vos que sois un filósofo tan grande, sosteneis una tésis como esa?... Ya sé lo hábil y enérjico que sois en materia de paradojas; pero lo que es esta no os la perdono.

El anciano movió la cabeza.

—Por otra parte, añadió el jóven, quién piensa en la muerte del rey? Quién habla de tal cosa? Que tiene las viruelas: ya sabemos lo que es eso; ademas, para eso están á su lado Berdeu y la Martiniere que son hombres que lo entienden.... Apuesto, mi querido maestro, á que Luis nuestro amado rey, escapa de esta; solo que el pueblo no se agolpa á las iglesias como cuando la primera enfermedad para hacer novenas.... Ya se vé, como todo se gasta!...

—Silencio! dijo el anciano estremeciéndose, silencio! y no hableis asi de un hombre sobre quien Dios estiende en este momento su dedo....

Sorprendido el jóven con aquel lenguaje estraño, miró de soslayo á su inter-

locutor, quien no apartaba la vista de la fachada de palacio.

—Conque teneis noticias mas positivas? preguntó.

—Mirad, dijo el anciano señalando con la mano á una ventana de palacio; qué veis allí?

—Una ventana que está alumbrada; no es eso?

—Sí; pero alumbrada cómo?

—Por una bujía puesta en un farolillo.

—Precisamente.

—Y qué?

—Y qué? jóven, sabeis lo que representa la llama de esa bujía?

—No en verdad.

—Pues representa la vida del rey.

El jóven miró con mas atencion al anciano, como para asegurarse de que no habia perdido la razon.

—Mi amigo Mr. de Jussieu, siguió diciendo el anciano, ha puesto allí aquella bujía, que estará ardiendo mientras viva el rey.

—Conque es una señal?

—Sí, una señal que el sucesor de

Luis XV devora con la vista, detras de alguna cortina. Esa señal, que advertirá á los ambiciosos el momento en que empiece su reinado, advierte á un pobre filósofo como yo el momento en que Dios hunde un siglo y una existencia.

El jóven se estremeció á su vez y se acercó á su interlocutor.

—Oh! dijo el anciano, mirad bien esta noche, jóven; ved cuántas nubes, cuántas tempestades encierra. Sin duda veré yo la aurora que va á suceder á esta noche, porque no soy tan viejo qne no pueda ver el dia de mañana; pero quizá empiece un siglo que vos vereis hasta el fin, y que contiene misterios que yo no veré. No carece, pues, de interés para mí la luz de esa bujía, cuyo sentido acabo de esplicaros.

—Es verdad, murmuró el jóven, es verdad, maestro.

—Luis XIV, siguió diciendo el anciano, reinó sesenta y tres años; cuántos reinará Luis XV?

—Ah! dijo el jóven dando un grito y mostrando con el dedo la ventana que

acababa de sepultarse de pronto en la oscuridad.

—El rey ha muerto! dijo el anciano levantándose con una especie de terror.

Y ambos guardaron silencio durante algunos minutos.

De pronto salió á galope del patio de palacio una carroza tirada por ocho caballos, yendo delante con antorchas dos picadores.

En aquella carroza iban el delfin, María Antonieta y madama Isabel, hermana del rey.

La luz de las antorchas arrojaba un resplandor fatídico sobre sus pálidos rostros, y la carroza pasó á diez pasos del banco de piedra en que se hallaban los dos hombres.

—Viva el rey Luis XVI! viva la reina! gritó el jóven con voz chillona, como si insultara en vez de saludarla á aquella nueva majestad.

El delfin saludó, la reina mostró su semblante triste y severo, y la carroza desapareció.

—Mi querido Sr. Rousseau, dijo en

tonces el jóven, ya se quedó viuda la Dubarry.

—Y mañana será desterrada, dijo el anciano. Adios, señor Marat.

FIN DE JOSÉ BÁLSAMO, Ó SEA LA TERCERA PARTE.

12.000

11 vols
en 4 tomos

- AN
- LU1
- SXIX